

135

DAD AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOT

02

BT135

D8

C.1

012102



1080023216



ARGUMENTOS

SOBRE

LA DIVINA PROVIDENCIA.

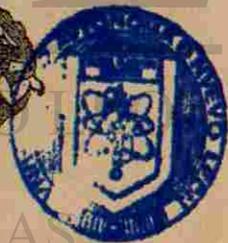
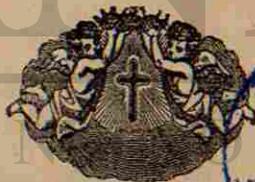
OPÚSCULO ESCRITO
POR EL

Lic. Luis G. Duarte.



*Lleva añadidas
varias oraciones, y un hermoso himno
del P. Sanchez Espinosa.*

AVARDE Y REYES
FONDO EMETERIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO.
IMPRENTA DE LA V. É HIJOS DE MUNGUA
PORTAL DEL AGUILA
1874. **48130**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

02

B+13 S
D8



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

00181

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Señora Doña Luisa Mier de la Torre.

Atenco Mexicano, Abril 25 de 1874.

Señora de mi respeto:

Cuando la incredulidad se ha hecho, por desgracia, una funesta moda en este infatuado siglo; sin que me detenga mi pequeñez, he querido, haciendo coro con los que bendicen á la Providencia Divina, contraponer mi debido y humilde reconocimiento.

Tal objeto tiene este opúsculo, que disfruto la honra de dedicar á V.

Ya que tantos, que precian de ilustrados, ingratos blasfeman de la Divinidad ¿no estará bien que la ignorancia al menos encomie la munificencia infinita, como el grillo en su destemplado canto y el buho con su triste graznido dan testimonio de la Mano benéfica que los sostiene?

Para que encuentre V. en esta obrita conceptos dignos de la elevacion de su alma, á la vez que rezos generalmente adoptados en honor de tan Augusto Atributo de Dios, he agregado algunas composiciones, cuyos autores son de mérito reconocido.

Si V. Señora, acepta mi humilde obsequio, quedarán satisfechos los deseos de quien es de V. atento servidor Q. S. P. B.

Luis G. Duarte.

012102



ILLMO. SEÑOR:

El Lic. Luis G. Duarte, ante V. S. I. como mejor proceda y con las protestas oportunas digo: que para dar á luz el opusculo que acompaño, intitulado "La Providencia," necesito la autorizada aprobacion de mi Prelado; y esto no solo por la naturaleza del asunto, sino que fuese cual fuere, me reconozco en la misma obligacion á la que me sujeto gustoso. Creo que el cielo me daria fortaleza para borrar, si era necesario, con mi sangre, cualquier error que por descuido ó ignorancia hubiere asentado; y en todo sujeto mis opiniones al espíritu y enseñanza de la Iglesia C. A. R., de la que tengo la gloria de ser, aunque muy indigno, hijo obediente y sumiso. Por todo lo espuesto

A. V. S. Ilma. pido humildemente que, prévia la censura que corresponde, en su caso, se digne concederme la licencia de imprimir mi citado opúsculo; en lo que recibiré solamente gracia.

México, Enero 22 de 1874.

LUIS G. DUARTE.

México, 24 de Enero de 1874.

Pase á la censura del M. R. P. Provincial Fr. Rafael Venegas. Lo decretó y rubricó el señor Provisor y Vicario general Gobernador de la Mitra.—(Una rúbrica.)

LUIS G. TORNEL
Pro-secretario.

SR. PROVVISOR.

En cumplimiento al decreto que antecede, por el que V. S. ha tenido á bien encomendar á mi humilde censura el Opúsculo que sobre la Divina Providencia ha escrito el Sr. Lic. D. Luis G. Duarte, digo: que habiéndole leído con la debida detencion, no encuentro en él cosa alguna que se oponga, ni á los Dogmas de la religion católica ni á sus costumbres; que por el contrario su lectura será de mucha utilidad, no solo á los fieles sino á los incrédulos del dia, cuyas objeciones sobre la Providencia las rebate el autor con las mismas armas de sus contrarios, citándoles hechos y doctrinas que estos no pueden desconocer; que así mismo por la manera ó estilo con que está escrito afirmará con dulzura la creencia de los católicos sobre ese amabilísimo atributo de la Divinidad.

Este es el parecer que sujeto al superior de V. S. á quien guarde Dios muchos años.

México, Enero 29 de 1874.

FR. RAFAEL VENEGAS.

México, Febrero 13 de 1874.

Visto el parecer del M. R. P. Provincial de los Dieguinos Fr. Rafael Venegas, damos nuestra licencia para que se imprima el Opúsculo intitulado "La Providencia," con calidad de que antes de que se dé á luz sea cotejado por el M. R. P. Censor. Lo decretó y firmó el señor Provisor y Vicario general Gobernador de la Mitra.

DIAZ.

LUIS G. TORNEL,
Pro-secretario.

LA PROVIDENCIA.

La elasticidad del aire con su tendencia á enseñorearse del espacio anchuroso y lejano á nuestra vista: el concierto armonioso de las aves que anuncian con placenteros gorjeos la alborada del nuevo dia: las elevadas cimas de los árboles y de los gigantescos montes: los remotos volcanes con sus copos de nieve diáfana y misteriosa: el rayo atronador y majestuoso: el rico velo, trasparente y variado de los cielos; las temblorosas estrellas, fugitivas apenas aparecen las primeras galas del monarca bellissimo de los planetas: y este astro-rey que asoma su semblante entre nubes de riquísimos jacintos, nos convidan á remontarnos hasta el amado de nuestro corazon, hasta el munífico protector, cuya benevolencia reconocemos en tantos y tan variados beneficios, que nos obligan á bendecir tanta sabiduría en una Providencia que á todo se estiende y que todo protege con su manto.

El aire, el fuego, el agua, son agentes de

SR. PROVVISOR.

En cumplimiento al decreto que antecede, por el que V. S. ha tenido á bien encomendar á mi humilde censura el Opúsculo que sobre la Divina Providencia ha escrito el Sr. Lic. D. Luis G. Duarte, digo: que habiéndole leído con la debida detencion, no encuentro en él cosa alguna que se oponga, ni á los Dogmas de la religion católica ni á sus costumbres; que por el contrario su lectura será de mucha utilidad, no solo á los fieles sino á los incrédulos del dia, cuyas objeciones sobre la Providencia las rebate el autor con las mismas armas de sus contrarios, citándoles hechos y doctrinas que estos no pueden desconocer; que así mismo por la manera ó estilo con que está escrito afirmará con dulzura la creencia de los católicos sobre ese amabilísimo atributo de la Divinidad.

Este es el parecer que sujeto al superior de V. S. á quien guarde Dios muchos años.

México, Enero 29 de 1874.

FR. RAFAEL VENEGAS.

México, Febrero 13 de 1874.

Visto el parecer del M. R. P. Provincial de los Dieguinos Fr. Rafael Venegas, damos nuestra licencia para que se imprima el Opúsculo intitulado "La Providencia," con calidad de que antes de que se dé á luz sea cotejado por el M. R. P. Censor. Lo decretó y firmó el señor Provisor y Vicario general Gobernador de la Mitra.

DIAZ.

LUIS G. TORNEL,
Pro-secretario.

LA PROVIDENCIA.

La elasticidad del aire con su tendencia á enseñorearse del espacio anchuroso y lejano á nuestra vista: el concierto armonioso de las aves que anuncian con placenteros gorjeos la alborada del nuevo dia: las elevadas cimas de los árboles y de los gigantescos montes: los remotos volcanes con sus copos de nieve diáfana y misteriosa: el rayo atronador y majestuoso: el rico velo, trasparente y variado de los cielos; las temblorosas estrellas, fugitivas apenas aparecen las primeras galas del monarca bellissimo de los planetas: y este astro-rey que asoma su semblante entre nubes de riquísimos jacintos, nos convidan á remontarnos hasta el amado de nuestro corazon, hasta el munífico protector, cuya benevolencia reconocemos en tantos y tan variados beneficios, que nos obligan á bendecir tanta sabiduría en una Providencia que á todo se estiende y que todo protege con su manto.

El aire, el fuego, el agua, son agentes de

vida y de inefables goces: á su *aspecto* se anima la tierra, el rocío esmalta las flores, los gruesos hilos de las lluvias revisten la pradera de plantas y de frutos. El aire vivifica la naturaleza, y la luz llena de claridad el espacio y nos presenta como una realidad los objetos que desaparecen con su ausencia.

Nacen los hombres y nacen los animales y las plantas; mas para conservarse y vivir, de agentes secundarios necesitan que los alimenten y sostengan; y todo lo encuentran preparado para su recepcion.

Ese infeliz labriego que humilde se guarece bajo su rústico techo de entretejidas ramas y entré paredes de endebles carrizales; ¿de dónde viene? ¿adónde se encamina en su misteriosa marcha? ¿Es superior con mucho á esos astros de luz que nos llenan de asombro con su magnificencia? ¿Con qué dotes interior y exteriormente se encuentra enriquecido! El es dueño del hermoso y rico panorama que variado se descubre á su vista desde su pobre choza: bebe el dulce licor de la fuente en su nacimiento: *las auras suaves, el ambiente embalsamado*, le prestan la robustez y lozanía que en vano procura conservar en las ciudades la ciencia de Esculapio: Dios habla al campesino en la soledad, y la naturaleza le sonríe.

En el estado mas humilde, en la esfera mas oscura de la vida social, el hombre se siente el rey de la creacion; todo lo mira compuesto de partes que son separables, y todo lo puede aniquilar al menos en su poderosa imaginacion, percibiendo por lo mismo que la existencia de cuanto le rodea no es necesaria y que tienen todas las cosas el ser como prestado, con principios y tendencias á un término: á su destruccion y aniquilamiento. Entonces bendice aquella mano invisible que todo lo sostiene, aquel ojo oculto y divino que por todo vela, aquella sabiduría que anuncia al mortal que es eterno su destino y que le conservará una accion todopoderosa, á pesar de las naturales tendencias de lo finito á precipitarse en los abismos de la nada. Y desde entonces comienza á entonar un cántico de gratitud para bendecir esa Providencia, que por inescrutables designios todo lo dirige al futuro feliz de todas y cada una de sus criaturas racionales; y entonces sienten estas un generoso impulso de bendecir á su Hacedor, y de presentarle homenajes de respeto y reconocimiento, de gratitud, de amor y adoracion.

Al escuchar esta divina palabra "Providencia" quisiéramos que todo fuese cánticos de alabanza, trasportes de amor y de reco-

nocimiento, deliquios apasionados de la mas santa ternura, hácia ese Dios que sin cesar está velando por el hombre, y no solo por este, sino aun por todos los seres, que para que le sirvan, ha puesto bajo el imperio de su centro; empero nos es preciso explicar cómo entendemos ese atributo que tan benéfico nos es á los mortales, y que le confesamos y reconocemos á la Divinidad.

A esa accion constante y eficaz del poder de Dios con que conserva todas las cosas, encaminándolas al fin para que los ha destinado su sabiduría infinita, es á lo que llamamos Providencia; porque está proveyendo para que todo cumpla con los augustos planes de la misericordia por excelencia. "El mundo se gobierna por la Providencia de los dioses, y ellos disponen las cosas humanas; y no solo los miserables, sino tambien los particulares" nos dice Ciceron. (1)

Todo en la creacion es perfecto, y Dios vió que estaba bueno; pero esta perfeccion se encuentra únicamente con relacion al fin; y no podia ser de otra manera, pues tratándose de seres finitos, limitados, y por lo mismo imperfectos por esencia, seria contradictoria en ellos la bondad absoluta que solamente reside en el ser infinitamente perfecto.

(1) De Divin. 1117.

El ente limitado por su naturaleza misma, debe encontrar en sí, solo imperfecciones, tanto en el orden físico, como en el moral; y si le faltara la accion divina respecto del primero, volveria á la nada al punto; y respecto del segundo se precipitaria inmediatamente en un abismo de oscuridad y de crímenes.

Dios es el principio de todas nuestras acciones, la inspiracion de todas nuestras ideas, el móvil de todos nuestros deseos; y nada podemos creer, pensar y practicar, y á nada aspira nuestro corazon, sin que reconozca por principio esa fuente inagotable é infinita, siendo nuestra malicia la que corrompe las aguas de tan puro manantial: de Dios es la bondad que en nosotros reside; solamente nuestra es la malicia é imperfeccion. El mayor mérito en el hombre, es no oponer resistencia á la gracia celestial, que á nadie falta.

Los gentiles mismos, que tan mezquina idea tuvieron de la Divinidad hasta multiplicarla, cuán bien comprendieron que el hombre todo lo recibe de ella; y en el Capitolio se le invocaba por los guerreros y oradores, y se le atribuian los triunfos y la prosperidad del pueblo romano. Los mas interesados en la exaltacion personal, reconocian sus hazañas como favores de una virtud superior. A los dioses inmortales referia Ciceron el deseo y

esfuerzo que le animó para salvar á la patria de la conjuracion de Catilina, (1) igual reconocimiento hace Publio Scipion el Africano (2) y á ellos les da las gracias Marco Aurelio Antonio, porque le apartaron, siendo jóven y ya de viejo, de las ocasiones de pecar, y porque le concedieron buenos padres, preceptores y amigos (3) y el Corintio Tigmolion, al escuchar sus elogios por haber libertado la Sicilia, á ellos tributaba las gracias, dejando asentado este sabio principio: de que ningun suceso humano acontece sin la inspiracion de los dioses. (4) Para avergonzar el desden moderno que se tiene de invocar á la Providencia divina, como si esto fuese propio solamente de espíritus apocados, supersticiosos y fanáticos, hemos multiplicado citas ilustres de los mas grandes hombres del paganismo; pero seria muy prolijo y acaso imposible aglomerar otras muchas no menos importantes y significativas, ya generales y ya particulares en todos los pueblos de un dogma tan espontaneo como universal. Sin embargo, no podemos prescindir de citar testualmente algunos lugares interesantes á los pormenores circuns-

(1) Cic. pro Silla, XVI.

(2) Auct. de Vir. illustr. 49.—Aut. Gell. 7.1.

(3) Marco Anton 1.17

(4) Corn. Nepin Timolonte, 4.

tanciados que nos ocupan, que nada tienen de metafísicos ni de teológicos, y que resplandecen en todo ánimo recto y en todo corazón no corrompido.

“Cuanto bueno hagas, repútalo como recibido de los dioses.” (1) “La virtud ni viene de la naturaleza ni de la ciencia, sino de la Divinidad. La naturaleza no da virtud. Nacimos á la verdad para ella pero sin ella.” (2) No hay varon bueno sin Dios. ¿Se puede alguno sobreponer á la fortuna sin su ayuda? El da consejos sabios y rectos, y habita en cada uno de los varones buenos. Si viéreis algun hombre sereno en los peligros, fuerte en la tentacion, feliz en la adversidad, alegre en las tempestades y como si habitase en un lugar superior á todo lo humano, no le admiréis á él, sino decid: “Esa virtud es mayor y mas alta que el cuerpecillo en que reside: la fuerza divina descendió sobre él.” Si alguno tiene ánimo excelente y moderado, si rie mientras los otros mortales temen ó desean, el poder celestial le anima y le gobierna: que no puede haber tanta grandeza sin el auxilio divino. (3)

(1) Bias, uno de los siete sabios de la Grecia, segun Diógenes Laert. su Biante.

(2) Plato in Menon.—Séneca epístola 90.

(3) Séneca, epíst. 41.

Pero si Dios es el principio de nuestros pensamientos y acciones, de nuestros conocimientos y deseos, y de todos nuestros actos tanto internos como externos, tambien es el término al que los dirige esa augusta y excelsa Providencia. La manifestacion de los atributos de Dios, es el fin para que fuimos criados y bajo este aspecto, ¿podrá darse mayor perfeccion que cumplir cada uno con el objeto á que se le destina? Las criaturas inferiores deben servir al hombre á este respecto y aun en su mismo estado de rebelion, con su falso halago y multiplicados sinsabores y contrariedades le suministran homenajes que presentar á la Divinidad de resignacion y sufrimiento: le obligan á no olvidarse un momento de la dependencia que tiene de su Criador; le ponen alerta contra sí mismo; y le enseñan á separar su corazon de todo lo deleznable y á solo aspirar á los bienes eternos para que fué criado.

Aun nuestras caidas mismas en el orden moral contribuyen de una manera poderosísima á ese dichoso fin á que nos destina esa santa Providencia; enseñándonos á desconfiar de nuestras propias fuerzas y á ocurrir mas humillados y fervorosos á la Divinidad, para que nos ampare y nos sostenga, haciéndose mas íntima nuestra conversacion con ella, de

la que tantos bienes nos resultan. Al formar nosotros el proceso de nuestra vida delincuente, muchos motivos de confusion encontramos, que ponen el freno mas poderoso á las immoderadas pretensiones de nuestra soberbia y vanidad, y nos resignamos mas fácilmente al desprecio y á la abnegacion. Es mas compasivo con el débil el que ha sentido la postracion del espíritu; y estima mas la virtud, y mas acata al virtuoso, el que ha experimentado la vergüenza del pecado y la corrupcion. Notables testimonios se están presentando constantemente á nuestra vista, de seres afortunados que habiéndose logrado arrancar de las garras del crimen y del vicio, han amado mas por la gracia del perdon, y han resarcido con usuras á sus hermanos, los males que les causaron con sus injusticias y con sus punibles escándalos.

Admiremos é imitemos esa Providencia que nos enseña á amar al perverso, al que nos ofende y quiere ser nuestro enemigo detestando solamente la maldad. Los dioses reparten los dones sin cesar de dia y de noche; sus beneficios ya se conceden espontáneamente, ya se dan á los que los piden. ¿Quién hay que no haya sentido su munificencia? ¿Quién que esté exento de los beneficios celestes; ninguno en fin para quien no haya manado de esa

fuente benígnísima? (1) La Providencia reparte igualmente sus dones naturales sobre todos, recompensando desde la tierra con los sobrenaturales al que se hace acreedor á ellos. La mano del impío está colmada de regalos efímeros, para que se torne á su Dios mirándose tan favorecido; y para que separemos nuestro corazón de las mundanas pompas: pues no pudo Dios desacreditar mejor las cosas que se anhelan, que concediéndoselas á los indignos y negándoselas á los buenos. (2) Pero en último resultado, esa prosperidad temporal que cerca al impío, será el único premio que alcance de sus pocas ó muchas acciones meritorias, si obstinado cierra los oídos á favores tan especiales. Parece que bien alcanzaba una doctrina tan espiritual Cicerón cuando dice: "Esto debe persuadir á todos los hombres, que los dioses son los señores y dispensadores de todas las cosas, y que todo lo que acontece es por su mandato y que penetran el pensamiento de todos sin excepción, y tienen conocimiento de los virtuosos y de los impíos. Si las inteligencias se posesionaran de estas ideas, el temor de los suplicios divinos separaría de los crímenes á los

(1) Séneca de Benef. IV, 3 y 4.

(2) Séneca De Provid. cap. 5.

malvados." (1) Debíamos temblar mas bien de los halagos de la fortuna, que envidiar la peligrosa prosperidad, principalmente si no es muy ajustada á la ley nuestra conducta: bienes que solo lo son para nuestra engañosa fantasía que es la que les da el valor de que carecen. Debíamos regocijarnos en los sufrimientos que alientan la esperanza de que no se nos da en la tierra nuestra recompensa, y en las adversidades que hacen volver en sí al pecador y al justo y le purifican.

Si los hombres guiáramos el orden de la Providencia, reduciríamos al malvado inmediatamente á la desesperacion; ¿pero qué digo? acaso al benemérito que nosotros calificáramos de delincuente. Segun los pareceres tan encontrados de los hombres, ya hubiera acabado la raza de Adán, juzgados indignos de vivir los unos por los otros sucesivamente. Aun realizándose el mas puro deseo, la prosperidad del virtuoso y el abatimiento del perverso acá en la tierra. ¿Dónde estaba el mérito? El bien obrar sería entonces un cálculo y ¡qué débil la virtud nunca ejercitada con la lucha! Si inmediatamente siguiera el castigo al peca-

(1) Cic. de leg. nº 15.

do, mucho acaso disminuiría en apariencia, pero con qué detrimento de los que valerosos hacen una guerra sin tregua á todas sus pasiones y apetitos; y que con esa incesante lucha se ciñen aureolas inmarcesibles. Yo por mi parte no puedo menos que temblar al figurarme semejante deseo tan monstruoso en seres frágiles y llenos de imperfecciones, y bendigo á la Providencia infinita porque me ha dado tiempo para la reflexion y el arrepentimiento, para las obras meritorias y para la expiacion.

Por otra parte, suponiendo la inmediata represion de las malas obras, ¿este castigo seria el condigno, ó algun otro provisional? Lo primero sin duda que horroriza solo de ser imaginado; pero no es menos inconveniente lo segundo, pues sin ser eficaz para separar al hombre de su malicia, le aseguraria en la depravacion á que se entregara la persuasion de que no habia otro castigo, pues creeria ver en la tierra ya satisfecha la justicia infinita. Si el hombre se alucina con una ciega confianza, y en medio de sus pasiones no le hace despertar de su sueño letárgico la misma prosperidad de que goza, sino que por el contrario le enorgullece tanto ¿podria persuadirse de que seria objeto de un doble castigo? Algunas veces sí se experimenta con anticipacion desde

la tierra el juicio de Dios sobre los mortales, por efecto de una especial misericordia; pero estos son mas bien llamamientos, ora en favor de los mismos delincuentes, ora para escarmiento de otros; cuando está reconocido, y se ha palpado ya, que no es la tierra donde debemos esperar la retribucion de nuestras obras.

Meditemos desapasionadamente y conveniremos en que no nos seria lo mas benéfico que el castigo siguiese inmediatamente á la culpa, y que la cuestion del tiempo intermedio entre éste y aquella y la de los beneficios naturales que debia conservar el pecador, le suscita nuestra impaciencia y pequeñez; y la importancia que damos á los bienes efimeros de la vida por el olvido del destino que nos aguarda; y porque muy poco nos ocupa, en fin, la eternidad. Bien está á nuestra miseria procurar por todos los medios humanos de que podamos disponer, que encuentre el mal su debida represion y que se aumente el aliciente humano como impulsivo á la virtud y cumpliremos con esta parte de la mision providencial que Dios ha delegado á los individuos y á las sociedades, principalmente á sus gefes: el castigo se nos espera si no lo intentamos hasta donde nos sea posible, pero dejemos á la Providencia Divina que nos

aleccione sobre lo fútil de esas puerilidades que no merecen ser presentadas por ella como aliciente á los nobilísimos servidores de la Divinidad.

Esta cuida de lo que es mas conveniente á nuestra exaltacion futura; si le somos fieles y si llenos de fé descansamos en su bondad, sin que andemos solícitos por la comida y el vestido, olvidándonos por ello del reino de Dios y de su justicia: si nuestro anhelo es esta y aquel, todo nos dará por añadidura, aun comodidades temporales; pero si se nos quiere probar en la atribucion y en la adversidad, regocijémonos; porque el varon bueno tiene suma piedad para con los dioses; por lo que sufre con ánimo igual todo lo que le acontece; porque sabe que sucede por disposicion divina, por la cual todo se rije (1) y será grande el galardón.

La Providencia infinita conoce nuestras verdaderas necesidades y quiere y puede remediarlas. "En cualquiera afliccion en que te encuentres, allí tendrás á Dios ocurriendo á tu auxilio: nada abandona y satisface todas las necesidades," nos dice Séneca (2).

(1) Séneca Epíst. 76.

(2) De Benefic 4, 8.

Voltaire con su amarga ironía pretende en su "Cándida" presentar á la humanidad bajo el aspecto de toda su decadencia, viendo solamente lo que le era oportuno á su propósito; pero nada de estraño tiene que el que no la mira encaminándose á una felicidad eterna y busque sus relaciones con su propia naturaleza y nada mas, la encuentre defectuosa y aun ridícula; como la constituiria, sin duda may particularmente, esa tendencia á un bien mayor que todo lo que la rodea; pero desde el momento en que consideramos nuestro nobilísimo destino el espíritu se eleva y nos contemplamos grandes ante nuestros mismos ojos; y no podemos dejar de reconocer, que tanto los seres irracionales criados para servicio y á la vez para prueba de la criatura inteligente, como esta misma mucho mas grande y elevada y de mision mas sublime, revelan la sabiduría, el poder y bondad del Dios á quien por sus obras ha reconocido toda inteligencia, cumpliendo su mision de ostentar los divinos atributos, que desde el principio los está ejerciendo el Ser infinito, y por la eternidad de sus decretos está castigando y premiando sin término á los hombres; pero misericordioso con los mortales los crió para su felicidad; y ellos son los que corren á su perdicion, y sin que el

hombre quiera, nada puede separarle de su último y eterno bien, ni nada arrancarle la vida del alma.

Esa santa Providencia á ese punto de nuestra felicidad eterna todo lo combina y lo dispone, dirigiendo la marcha general de la humanidad á los grandes planes de su misericordia, sin que la libertad individual los pueda trastornar. La Providencia infinita nos tiene señalado nuestro papel y nos da la gracia para el desempeño, que nos proporcionará una recompensa imperecedera. Nuestros sufrimientos, las tribulaciones y los goces de nuestra vida, están dispuestos para nuestra eterna bienandanza; y en armonía con esta todo lo que nos rodea. A este fin se mueve la hoja del árbol y hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados.

Se contradice el blasfemo, que de la inmensidad infinita de Dios quiere inferir su desentendimiento y olvido absoluto de sus obras, una vez que les ha otorgado la existencia.

¿No seria limitarse á sí mismo si se las diera independiente de sí, abdicando un algo de su supremacía? Sin duda emancipaba con esto de su poder á sus criaturas, y ya no las tenia sujetas con el mayor vasallage. Un momento no pueden dejar aquellas de necesitar de su Hacedor, porque durante él, por corto

que fuere, se desmentiria la esencia infinita, el atributo ó perfeccion de tenerlo todo ligado con la mayor sujecion ó dependencia. ¿No argulle el dominio mas grande en Dios, y mas necesidad de su auxilio de parte de la criatura, mas íntima dependencia en este y mayor supremacía y la que corresponde al criador de todas las cosas, la accion continúa con que incesantemente las está criando y pres-tándoles su cooperacion para que ejerzan todas sus funciones?

Si fuera ocupacion indigna de la grandeza infinita el atenderlas, lo hubiera sido igualmente el haberlas sacado de la nada; y lo que es digno de Dios un solo instante lo ha de ser y lo será sin duda sin término y sin fin. ¡Qué! ¿Dios se cansa, es olvidadizo ó muda de parecer? Un instinto de esta necesidad y dependencia por parte de la criatura y de tal supremacía en Dios, pobló el olimpo de los gentiles con mas de treinta mil divinidades.

En el hombre fuera necedad consagrar algo de su limitacion, á menudas pequeñeces, porque evidentemente se desentenderia de las de mas alta importancia; y por otra parte no podría sujetar sus obras á su mas íntimo dominio ó pertenencia, aunque quisiera; ni tampoco conservarlas y atenderlas sin interrup-

cion renóvandolas, ni estarlas formando constantemente, porque es muy limitado en su acción y en su poder; y porque no es creador sino modificador: da cierta figura y nada mas.

Vengan todos los sabios de la tierra: vengan los que blasonan de haber descubierto los arcanos de la naturaleza, esos secretos de las leyes con que se rige este mundo visible; vengan, en fin, esos ateos naturalistas que enseñan que los elementos producen por sí mismos todos los fenómenos famosos que tanto nos sorprenden y les diremos: nosotros somos admiradores de vuestra sabiduría, y percibimos en vosotros un valor muy superior á esos elementos que, instrumentos ciegos y sin inteligencia, obedecen un impulso desconocido; pero formadnos, no ya una pequeña y humilde florecilla, no al menos cualquiera de sus hojas, sino el mas mínimo de sus estambres, sin instrumento alguno y por virtud propia, allí donde nada existia; pero si no lo podeis hacer, reconoced el dedo omnipotente de un Dios, y confesad su poder; y los hombres mucho os deberán con que les descorrais el velo que oculta sus maravillas, para que tenga mayores incentivos su gratitud."

Demasiado se eleva el hombre respecto de las otras criaturas, con sorprender, digámoslo así, algunas de las leyes que impuso el Al-

tísimo á la naturaleza; pero nada puede crear. Busca las materias, las mas sólidas para grabar una figura imperecedera como le llama á todo lo que sobrevive á los muy breves dias que se le escapan veloces en la tierra: levanta edificios cuya cima ve perderse entre las nubes, porque su vista es muy limitada; pero apenas sobresalen de sus cimientos, y á una corta distancia se divisan muy pequeños ó desaparecen del todo á los ojos. El ha dado solamente la forma y se enorgullece de su poder; pero debia advertir mas bien su impotencia, por las dificultades que por todas partes se le presentan; por el grande esfuerzo que necesita y por que le es indispensable el material, ademas de otros muchos agentes de diversa naturaleza, para realizar hasta las mas insignificantes pequeñeces, sin poderse emplear en dos ó mas á un mismo tiempo.

Por eso, repito, en el hombre seria muy vituperable que se consagre á lo mas insignificante y de menor importancia, desatendiéndose de lo que es de su mayor interés, pues tiene que invertir, ó en esto ó en aquello, las fugaces horas del corto tiempo que su autor le ha concedido en el pasage efimero de esta vida.

Pero ese nuestro gran Dios, ni en la crea-

cion ni en la conservacion impende trabajo alguno, ni se fatiga; sino que todo lo ejecuta con un acto simplísimo de su omnipotencia. Arrojad una mirada en contorno vuestro y todo lo que veis, lo está conservando con las combinaciones mas asombrosas de su sabiduría, y cual corresponde á la naturaleza y á las verdaderas necesidades de cada ser. Los lirios de los campos estan vestidos con mayor magnificencia que la del monarca mas opulento que jamás han visto los siglos: los cuervos no siembran ni ciegan, y una mano benéfica y providente los sostiene, aunque olvidados no se preparen graneros.

“Nada hay que Dios no pueda hacer, y á la verdad sin trabajo alguno. Porque así como los miembros del hombre se mueven al arbitrio de su entendimiento y voluntad sin contradiccion, así todas las cosas pueden ser hechas, movidas y mudadas por la voluntad de los Dioses (1).

Alzad la vista y contemplad las variadas revoluciones de los astros; esos globos gigantes están regidos por los Decretos sapientísimos de su autor que constantemente los mueve y los está formando y organizando sin cesar; hasta sus menores partículas las

(1) Cicer. de Nat. Deor. 3, 92.

está criando sin interrupcion alguna. Su peso prodigioso es menor que el de menudas pajas para el poder divino, y su asombroso volumen mas pequeño que lo que se nos presenta el punto mas imperceptible en el espacio.

Dios guia y mueve el microscópico insecto para que busque el alimento proporcionado á su imperceptible organizacion; y hace bullir el aire que penetra por sus poros, él pone en la garganta del zenzontle y del jilguero la melodía de sus trinos; y adapta los oidos para recibir el halago y para que se perciba la melodía del ave que trina en la floresta llena de placer á la vista del espeso follage, embriagada por el perfume del floripondio y del jazmin y gozando de la frescura de la fuente, en grato consorcio de la compañera amante que contesta sus notas con igual ternura y melodía, desde el ramaje del árbol vecino.

Pero su obra predilecta es el mortal á quien trata como amigo, mandándole las auras para que le acaricien en lo mas abrumador de los ardores del estío, al zéfiro para que le lleve el ambiente embalsamado de las flores, y á las fuentes bullidoras para que le arrullen su sueño. Cada uno de los fenómenos de la naturaleza se los apropia el hombre singularmente, porque oye la voz de su Hacedor, que á semejanza de un apasionado aman-

te le asegura hablándole al oído, que alegra á la mariposa para que juegue á su alrededor deleitándole con sus recamas de oro; y que ha ordenado á la naturaleza que agote todos sus tesoros para encantarle. "Las comodidades que nos rodean, la luz que gozamos, el aire que respiramos se nos dan y reparten por Dios. (1)

Por eso en el rumor del viento, que agita las sonantes copas de los añosos árboles, formando una deleitable y apasionada música misteriosa, cree percibir la dulce voz del amado de su alma que le dice:

"¿Para quién sino para tí, mortal afortunado, visto esos prados de variadas flores salpicadas de perlas relucientes? mira al vecino valle, columnas de elevados montes y volcanes tapizados de jaspe y pedrería, sostienen esa bóveda azulada, y el iris está alfombrando salon tan espacioso; de noche le ves iluminado por la lámpara argentada de la luna y por multitud de antorchas diamantinas que le envían desde muy lejos reflejos y fulgores llenos de encanto y brillo indefinible."

¡Cuán distinta es esa techumbre de la monótona é inmóvil de los palacios de los hombres! yo miro caprichosas nubes complacerse

(1) Cic. pro. Rose. Americano.

en presentar á mi vista al apiñarse ó ensancharse siempre delesnables una vaporosa fantasmagoría diáfana y animada. Mil veces al contemplarlo me ha revelado historias de un interés singular y terrible; otras, plácidas ó tiernas que han hecho contraer mis labios con la risa ó asomar las lágrimas á mis ojos. En ella he visto pasar naciones derruidas con bancos inmensos de osamenta descarnada: grandes ciudades consumiéndose entre llamas, y he vuelto mi semblante aterrado hácia otro punto, al contemplar á un niño tenderme los brazos envuelto en un horrible torbellino de fuego.

Yo bien sé que esas grandiosas decoraciones, que los cristalinos celajes me representan, no son recuerdos de sucesos que pasaron ya, ni menos anuncios fatídicos de los que puedan acontecer: mi imaginacion es la que anima esos cuadros pasajeros que veo sucederse principalmente al declinar el dia cuando el sol recoje la orla de su ropaje ya al cerrarse las puertas del Poniente que deben ocultarle á nuestra vista. Esas nubes, son, es verdad, bellezas efímeras que se desvanecen, simples vapores que se levantan llenos de encanto, para advertirme que todo lo de la tierra es engañoso. Dios las ha colocado como un cortinaje régio que corona el sol ó la luna de don-

de se desprende, formando el dosel provisorio que en su rápida marcha le corresponde á la humanidad. En este momento se ha enlutado y adornan sus crespones broches y joyas de riquísima pedrería.

Pero ¿por qué levanto mis ojos tantas veces hácia los transparentes celajes? ¿Qué es lo que busco al traves de su indecisa vagarosidad? Esas nubes son los velos con que quiso Dios ocultarnos el vacío, la nada; y mas allá de esa nada y de la que estoy hollando con mis piés... cuando salga de esta esfera de ruindad y de miseria, de fausto aparente y de pobreza real, he de encontrar al que es la vida, la inmensidad, el ser infinito para cuya contemplacion y alabanza eterna, su mano poderosa me ha sacado de los oscuros abismos de esa inmensa nada para que goce yo de una felicidad sin límite de que me habla la naturaleza, convidándome á una dicha imperecedera por la cual suspira mi corazón. Pero no, que ella es muda del todo; el acento que escucho se percibe en lo mas íntimo de mi alma: es un impulso persuasivo, es un infuso conocimiento: una comunicacion mística con el ser infinitamente sabio y benéfico que en todas partes me habla y solicita, levantando mi espíritu hácia él.

Por eso en cambio en el manso arroyuelo que suspira dulcemente al correr ligero y ju-

gueton; en el torrente que se despeña de rocas altas y escarpadas formando vellones de plata vírgen, y en concierto de armonía salvaje: en las cascadas y cataratas que robando sus varios colores al iris, á los diamantes y rubíes; ora imitan el ruido de confusa gritería de un pueblo que sale de las entrañas de la tierra; ora el de grandes músicas y vocerío de numerosos ejércitos acampados en el fondo del abismo: ora salvas de artillería y multiplicados repiques ó ya en fin todo esto junto: le parece oír al hombre un himno á esa Providencia cuya amorosa solicitud nos recuerda el suspiro de la brisa, y cuya imponente magestad se revela por la augusta detonacion del rayo, acallando el bramido del huracan y de las olas embravecidas en los furores de un mar agitado.

Por eso tambien le parece muy natural al humano que glorifique toda criatura á su Hacedor y convida á todos los seres, á los risueños y á los melancólicos, á los tranquilos y á los sublimes, á los inmediatos y á los remotos, para que se animen y se desaten en bendiciones y alabanzas á esa infinita Providencia que al conservarlo todo lo está criando sin cesar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

OBJECIONES

CONTRA LA PROVIDENCIA

Deducidas del mal moral.

La mas insidiosa y la mas temeraria de las objeciones que se hacen sacrílegamente contra la providencia de Dios, es la que se toma del mal moral, del pecado. La cuestion se establece en los mismos términos y bajo el mismo dilema que hemos anunciado respecto del mal físico, y no se olvida robustecer la dificultad, con la observacion estudiada de que es verdadero mal; y no reputado así solamente por nuestra corrompida naturaleza que prefiere el halago presente al bien futuro.

La falacia de este argumento consiste en el juego que se hace de la palabra mal. ¿A quién se refiere, á Dios, á la sociedad ó al individuo que delinque?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

OBJECIONES

CONTRA LA PROVIDENCIA

Deducidas del mal moral.

La mas insidiosa y la mas temeraria de las objeciones que se hacen sacrílegamente contra la providencia de Dios, es la que se toma del mal moral, del pecado. La cuestion se establece en los mismos términos y bajo el mismo dilema que hemos anunciado respecto del mal físico, y no se olvida robustecer la dificultad, con la observacion estudiada de que es verdadero mal; y no reputado así solamente por nuestra corrompida naturaleza que prefiere el halago presente al bien futuro.

La falacia de este argumento consiste en el juego que se hace de la palabra mal. ¿A quién se refiere, á Dios, á la sociedad ó al individuo que delinque?

El hombre en su orgullo todo lo concentra en sí, cuando el yo debe desaparecer de todas las cuestiones filosóficas y morales, de todo lo que atañe al Ser infinito ó al bien procomunal de la humanidad entera; ¿Cómo invocarse por la criatura ese individualismo y conveniencia privada, y cómo pretender que sea la norma de la conducta y de las leyes de la infinita sabiduría! En la creación es el hombre individualmente solo una pequeña parte de un conjunto ordenado, por mas que su soberbia pretenda hacerse centro de las combinaciones mas asombrosas en el dilatado curso de los siglos.

Examinemos para quién tiene el carácter de desgracia, y suma, el pecado, que es el verdadero y único entre todos los males.

Dios crió el mundo para ostentar sus divinos atributos; y ningun bien se le sigue de los actos de la humanidad, ni le resulta tampoco mal alguno de nuestra desobediencia y procaz ingratitud. A ese Dios inmutable no le puede destronar de su alto asiento la rebelion de los hombres: su gloria divina irradia brillante, á pesar del impío y del blasfemo; su misericordia resplandece en la infinita paciencia con que tolera la audacia atrevida del que frente á frente desafía su poder, y su justicia se patentizará con el que obstinado no apro-

veche el tiempo del perdon y del arrepentimiento. Para glorificarse á sí la Providencia, le basta su mismo testimonio y el conocimiento de su propia esencia. ¿Pues para qué necesita Dios del hombre? y cuando puede este sustraerse de manifestar ó bien la clemencia de la bondad divina, ó bien la inflexibilidad de la justicia infinita; luego respecto al creador ningun mal le resulta del pecado, ni este trastornará nunca los planes altísimos de la suma sabiduría, ni podrá impedir que tenga su verificativo, el fin que se propuso Dios en la creación.

Tampoco el mal moral lo es verdaderamente hablando para los demas hombres, sino que sus consecuencias vienen á referirse, respecto de ellos, al mismo mal físico con idénticos resultados. El iracundo Cain, aguijoneado por el odio que le inspira su inocente hermano Abel á causa de su virtud que escita la envidia de aquel execrable fratricida, nos suministra un brillante testimonio de que, los hombres con todo su poder y maquinaciones, con toda su decision y sus esfuerzos, jamas pueden quitarnos la vida del alma, aunque muchas veces se les tolera que opriman á sus semejantes y les priven de la existencia temporal, como cualquiera otro ser, uno de nuestros humores cualquiera elemento de vida de-

sencadenado, puede anticipar el fin de los días con que esperábamos contar naturalmente.

El mal moral no es propiamente mal para el que no le comete, sino que por el contrario puede ser fecunda fuente de muchos bienes y merecimientos. La constancia asombrosa de los mártires y las triunfales coronas que los ciñen, nos persuaden de que, la injusticia agena y la tentacion rechazada por nuestra parte, no son males para nosotros; sino principio de una suma felicidad y bienandanza. Así lo entendió José cuando prefirió arrostrar las iras de su señora á obtener su gracia, por reprobada condescendencia; y así tambien lo comprendió Susana, cuando sujetándose á las apariencias de criminal, mas bien que á serlo realmente, se resignó á morir apedreada con afrenta.

Sin estos sentimientos generosos la Romana Lucrecia, sucumbe al temor de los visos de delincuente, abrazando la realidad; y á pesar de que movido por la misma filosofía, su esposo y los amigos de este, no reconocen en ella culpa alguna, se siente manchada y caminando de error en error, consume el mayor de los crímenes dándose la muerte. Ya lo veis, los Santos José y Susana, el primero en una cárcel y la segunda en medio de un populacho pronto á despedazarla, claman á Dios en quien

confian; mientras que Lucrecia se olvida del cielo, se quita la vida y sus palabras respiran el orgullo de ser admirada, presentándose como modelo y muy concentrados deseos de venganza.

La apariencia del crimen no la hubiera contaminado con el mal moral, ni pudo manchar su alma; sino que por el contrario los sufrimientos y la deshonra atraídos sobre ella, y el desconcepto público á causa de una calumnia se le habian de haber retribuido sobreabundantemente por un Dios todo justicia y misericordia. Quién sabe cuántos gentiles habrán merecido una revelacion especial, ya en el curso de su vida ó en la hora de su muerte, por haberse sujetado mas bien al mal físico que á cometer el moral; siendo mártires por no desobedecer las santas inspiraciones de un Dios bueno que prescribe la virtud; porque lo repetimos una y mil veces, el mal moral no es verdaderamente mal, sino que solamente tiene el carácter de mal físico, para el que, sin contaminarse con él, recibe sus consecuencias exteriores; por lo que puede ser fuente de muchos bienes materiales y morales para el alma y para el cuerpo en esta vida ó en la otra.

El pecado sí es un verdadero mal para el que le perpetra ¿mas por qué? porque ofende

y agravia, porque menosprecia á un Dios justiciero ¿Y puede darse mayor bondad en el Ser infinito que tolerar tanta audacia por el bien de los mismos que le ofenden, á quienes les inspira el arrepentimiento y los convida con el perdón? ¿Y puede darse mayor impudencia que la del que delinquiendo y causándose el mal gravísimo del pecado culpe, á quien ofende, rebelde é ingrato? Acútese á sí solo el pecador del castigo y consecuencias de sus culpas, con la misma severidad con que juzga los hechos ajenos, que solo se los echa en cara al que los comete; pues únicamente los impíos se acuerdan de imputar á la Providencia que el hombre delinca, cuando teniendo que reconocerla por todas partes, les oprime la santa presencia de un Dios que los atiende sin cesar, y de cuya vigilancia no pueden sustraerse ni un momento. Por eso su despecho y sus calumnias, por eso sus teorías y sus diatribas, como maldice el delincuente el ojo vigilante que le acecha, y quisiera hacer desaparecer al que conoce los horribles crímenes de que es responsable.

Esta es la argucia de las pasiones y la injusticia del que se ha engolfado en la iniquidad; como el condenado por sus delitos torna contra su juez el odio que debían inspirarle sus crímenes, y como todo el que yerra

busca con quien descargarse á sus mismos ojos de la imprudencia de su conducta: así los impíos, lejos de sacar algun partido del mal y del daño causados con sus desórdenes, tanto á sí como á otros, aumentan injusticia á la injusticia, é iniquidad á la iniquidad. Porque ¿quién sino el que es reo en una escala muy prominente, acusa á Dios de los delitos de los hombres?

Sin embargo es muy fácil que convenzamos á semejantes sofistas de que de otro modo juzgan habitualmente: que palpen una escandalosa injusticia y se verán movidos á reconocer la necesidad de una Providencia reparadora; y si ellos son la víctima ¿á quién acusarán? Por eso el que conserva un corazón recto, se confunde mas bien de una paciencia infinita que tanto tolera y de la que todos abusamos muchas veces.

Algunos dicen ¿por qué Dios no ha hecho impecable al hombre? Que nos contesten á su vez ¿podria ser el mortal merecedor sin lucha que sostener?

Muchos desearan un Dios á su antojo y que empleara todo su poder y su sabiduría en hacerlos gozar sin zozobra y sin que les pusiese freno á sus apetitos y pasiones. Está bien para ellos que todas las criaturas inferiores presten su vasallage al hombre y que

no gocen un destino para el que está llamada la descendencia de Adan. Pretenden que el Altísimo por sola consideracion á su criatura racional, haya formado todas las cosas. El hombre inteligente y libre es en efecto mas agraciado que todos los demas seres de la creacion; porque tiene un empleo mas elevado, el de ostentar y reconocer las maravillas de su Hacedor, las perfecciones divinas; mas en cambio aventura tambien una infelicidad eterna, á la que puede conducirle esa libertad que le engrandece sobre las otras criaturas, las cuales no pudieran quejarse por lo mismo de que, una justa y sabia Providencia, sin razon alguna, las reservara para servicio de unos seres que como ellas son finitos. El hombre es el rey de la naturaleza, por su destino que tambien le impone deberes sublimes y delicados peligros que aunque en su mano está cumplir con aquellos y evitar estos, tiene que vencer obstáculos y que sobreponerse á recios embates; y por lo mismo es merecedor. Los seres mas elevados han tenido que formarse la aureola que ahora los rodea.

Estas doctrinas que nos enseña la recta razon, las corrobora con dos sucesos notables el cristianismo, esa religion que profesan los pueblos ilustrados del globo.

Los ángeles y Adan y Eva, han sido mas privilegiados que el comun de los hombres, pues entre los primeros, los que contra Dios se revelaron, nos atestiguan que tambien en esas nobles gerarquías, hubo lucha y tentaciones correspondientes á la categoría de espíritus tan sublimes, pues se desplomaron del Empíreo tantos y tan colmados de gracia. Adan y Eva sucumbieron á una prueba á mi juicio mucho mas fuerte que las que generalmente experimenta el comun de sus descendientes. "Sereis iguales á Dios sabedores del bien y del mal." Meditense con detencion todas las circunstancias, la novedad del ataque, la directa intervencion de un espíritu superior y maligno, pero lleno de astucia y sabiduría, lo pomposo de la promesa; y compárese todo esto con las tentaciones á que con tanta frecuencia sucumbimos, cuando ya estamos desengañados de que solo sinsabores hemos de paladear en el pecado, principalmente los que sabemos que es enemigo de nuestra raza, el espíritu que nos seduce para causar nuestro mal. Prevenimos esta objeccion; pero pertenecen á la Teología otras esplicaciones, puesto que nosotros solo tratamos la materia hasta donde alcanza la luz natural. Proseguimos nuestro asunto.

El Ente infinito es un oceano de perfec-

ciones y los atributos que le reconocemos no implican una distincion y separacion verdadera. Para las inteligencias finitas necesarias son las divisiones puramente especulativas ó mentales que presenten las ideas complexas bajo cierto método sucesivo que las haga mas adaptables y comprensibles, aunque no sea posible una separacion práctica. Sin este método artificial ¿cómo podríamos abarcar tanta grandeza como en el ser divino vislumbramos? pero en Dios no hay division ni diferencia en las perfecciones, lo que implicaría límites, é importaría por lo mismo contradiccion en la esencia infinita. Por eso no se pueden separar realmente su misericordia y su justicia; y ni una ni otra de la sabiduría ni de las demas perfecciones, ni suponer en estas mayores grados que en las otras, como en las criaturas que, solo son reflejos de la divinidad; y así es que observamos en la creacion que resplandecen simultáneamente todos los divinos atributos.

Veámoslo si nó: el hombre, ser inteligente y libre, tan magníficamente dotado por su hacedor y con un destino inmortal, tiene la imperiosa necesidad de conquistar laureles inmarcesibles, ó de ser desgraciado eternamente; y si hay superioridad en las dotes recibidas entre unos y otros, hay tambien ma-

yores obligaciones. En los demas seres terrenales hallamos que, ó son del todo insensibles, ó gozan de una felicidad muy pasajera y contrariada, pero sin que se les espere pena ni recompensa de ninguna clase para despues de sus dias.

Seria tan absurdo que, una cosa existiese y dejara de existir á un mismo tiempo, como que el hombre mereciera sin poder delinquir: ¿dónde estaba el mérito, los títulos de supremacía y los derechos para obtener una recompensa inmortal?

Pero me direis como muchos "Cuántos hay á quienes la Providencia los ha dotado de una manera tan desventajosa que parece que los ata indefectiblemente al mal." Vosotros solo percibis la superficie y jamas quereis descender á ver las cosas en su verdadero fondo, sin embargo de que sentis de muy diversa manera habitualmente, pues siempre os dará en cara la maldad y atribuireis la culpa al que la comete, sea cual fuere su índole y educacion.

Si recorremos los criminalistas de todos los países nos enseñarán que, nunca el hombre llega al refinamiento del mal de un solo paso, sino por una difícil y bien marcada graduacion. Hombres hay que han endurecido su alma y que dan un rumbo muy torcido á sus

ideas y propensiones, pero aun en este estado tan infeliz, la misma Providencia que físicamente los sostiene, los guia para que puedan vislumbrar el camino que conduce á la felicidad eterna; y mientras mayores sean los obstáculos que se tengan que vencer por los hábitos arraigados y por la perversion de corazones sin calor y debilitados, tanto mayor será el auxilio de una Providencia infinita en misericordia, y la inmensa recompensa que se recibirá de ese nuestro gran Dios que es justiciero.

Si el hombre no tuviera como guia la razon y el sabio directorio de una voz interior que le enseña con mas eficacia que pueden hacerlo los maestros y los libros, parece que la educacion decidiria absolutamente de la moral, y seria inicu el castigo que se aplicase al delincuente, ignorante ó mal aconsejado; pero es inconcuso que todo hombre comprende cuando obra mal y que distingue perfectamente el bien, en sí y en otros, por una verdadera intuicion. Además, si esparcimos inquisitivamente nuestra vista por todas las sociedades, observaremos que, no es mejor la conducta de los sabios que la de los sencillos é ignorantes. Buscad entre los primeros la fuente de los errores mas trascendentales en moral, y el origen de los mas

grandes crímenes que infestan la tierra. Examinad cada una de las grandes sociedades y las familias privadas, y hallareis una escala asombrosa en la moralidad de cada uno de los individuos, á pesar de que estén todos nutridos con una misma ciencia y educacion.

La mejor ó la peor índole, me contestareis, es la que produce semejantes fenómenos, pero yo no entiendo lo que me quereis decir: ¿á qué llamais buena ó mala índole? Yo solo percivo propensiones diversas en los hombres que puede dirigir á su albedrío. El genio, el carácter son indiferentes al bien y al mal, son los variados coloridos que deben figurar en una pintura celeste; todo es su uso y nada mas. Aquel hombre despótico y altanero que todo lo pretende subalternar á sí, y que es una amenaza y una contradiccion constante para todos los que le cercan, ha empleado mal las fuerzas de una índole enérgica y vigorosa: en aquel jovencito dulce y moderado que forma el encanto de cuantos le miran, y que parece haber sido hecho de distinto barro que el del comun de los hombres, ya empiezan á germinar vergonzosas pasiones; y ese encanto y esa suavidad y benevolencia que le hacen tan atractivo, acaso las empleará dentro de muy poco en reprobadas y vergonzosas intrigas. No será un tirano, un déspota pero po-

dreis asegurar que no sea falso, traidor y fe-
mentido?

Desgraciadamente, muchos desde muy tem-
prano, y cuando apenas se les percibe por los
demas, abusan de los dotes que les dió la
Providencia para que los utilizaran en bien
suyo y de sus semejantes; y cuando llegan
á ser comprendidos están muy avanzados en
el mal, y es muy difícil el remedio, pero nun-
ca imposible. El descuido en nosotros mis-
mos y la orgullosa confianza propia son la
mala yerba que roba el jugo á las plantas her-
mosas de las virtudes, fructificando á costa
de estas hasta estirparlas del todo y apode-
rarse del alma ya completamente. Mas bien
que acusar á la Providencia de esas que lla-
mamos propensiones naturales, asociémoslas
desde lo mas temprano que ser pueda, con
las ideas que nos sugiere la ley natural y des-
aparecerá la dureza y el ensimismamiento
de corazones elevados y enérgicos y la volu-
ble falsedad de almas dulces y generosas que
como tierras fértiles y exuberantes, son tam-
bien mas propensas á nutrir toda clase de
reptiles, los mas nocivos y venenosos.

Un carácter suave y tranquilo dirigido al
bien, es como el claro manantial cuyas orillas
están bordadas de risueños prados esmalta-
dos de flores y de frondosas arboledas donde

se anidan las canoras aves, en tanto que el
genio impetuoso se asemeja al rio caudaloso
cuyas aguas si se desbordan lo arrazan y des-
truyen todo; pero que encerrado dentro de
los fuertes diques de la razon y de la justi-
cia, nada es mas útil, mas sublime y mages-
toso. Ahí están los Pablos, los Agustinos,
los Antonios y otros muchos que supieron
contener el ímpetu de sus pasiones y la in-
moralidad de su siglo, fijando con mano vi-
gorosa, el rumbo que debian seguir las socie-
dades.

Pero apuremos gota á gota la amarga hiel
que destila el corazon de los patriarcas de
la incredulidad contra la Providencia divina,
que paciente los tolera, para prevenir el ve-
neno de esas sierpes ponzoñosas. Sobradas
veces hemos oido decir: "¿Pero por qué me
ha criado Dios si soy tan infeliz?"

¿Quién será tan desnaturalizado que deje
de agradecerle á sus padres la existencia y
que no se sienta movido por solo este inmen-
so beneficio á tributarles el mas tierno amor
y la veneracion mas respetuosa? Vosotros
los que présumis de sabios y de filósofos sois
los que pisoteais atrevidos los títulos que
tienen los autores de vuestros dias á vuestro
amor y gratitud ¿No es una carga que os pe-
sa insoportablemente la que les debéis? ¿No

os abrumba y maldecis la existencia que os han dado? Preciso es defenderos de vosotros mismos si sois padres, preciso es evidenciaros si sois hijos, porque son tan sagrados los derechos paternales que se identifican con la misma religion en todos los pueblos.

Es un adagio vulgar el de que "á nadie le pesa el haber nacido:" si sois vosotros la excepcion, ya me sospechaba que erais unos excéntricos, incensatos, ó mentirosos y delirantes. ¿Pero tantos como se suicidan? ¿Tantos decís? y podreis asegurar que les pesó haber nacido: todavía menos, que les hastiaba la existencia.

Dejemos á un lado á los que por un extravio mental atentan ciegamente contra sus dias, hay otros que por una excesiva debilidad física y moral, las mas veces provenida de excesos libidinosos, son asaltados con frecuencia por semejantes accesos, y estos á la verdad no distan mucho de los anteriores, por lo que nos contraeremos únicamente á los que con todo conocimiento atrevidos abrevian el curso de sus dias sobre la tierra.

Triste es la condicion del hombre y llena de inconsecuencias y de contradicciones monstruosas; los mayores bienes porque debe anhelar la humanidad, los sacrifica á las bagatelas mas ridículas é insignificantes; la vida

del cuerpo la antepone á la espiritual; y mereciéndole aquellas atenciones tan esmeradas, ¡con cuánta frecuencia se hace alarde de aventurarla vanamente! Respetemos á los que ofrecen un don tan precioso en desempeño de sus deberes, ó para conseguir un alto objeto, á semejanza del mártir del Calvario que se entregó á la muerte por el bien de los humanos; pero contestadme de buena fé ¡todos los que aventuran diariamente su vida, es porque están cansados de existir? Examinadlo detenidamente: allí teneis á un bandido que afronta los mayores peligros por un puñado de oro que gasta inmediatamente y sin provecho; mas allá veis un bufon que solo por hacer reir se espone á las mayores desazones y á la misma muerte, de la que ya otras veces ha escapado con dificultad; por el otro lado encontrareis un pendenciero que insulta y desafía para conservar el título de camorrista con el que está engreido. Recorred, en fin, cada uno de los goces, vicios y pasiones á que se entregan los mortales y los sacrificios que se hacen para contentar los desarreglados apetitos, y convendreis conmigo en que, el de la pérdida de la vida, no importa precisamente que esta cause tédio y un insoprible hastío.

Como ante el ídolo Jaggernaut, movidos por el aplauso de un pueblo supersticioso se precipitaban tantos fanáticos para ser despedazados por el carro terrible de tan impotente deidad, hay también mártires de un necio romanticismo que los impele á un repugnante y costoso sacrificio en aras del bien parecer ante los ojos de los insensatos. Grato es á muchos que se hable de ellos cuando sus días corren desapercibidos de los demás, proponiéndose ser animados actores de un drama real, pero terrible y sangriento. El desprecio de la vida, el heroico valor de preferir la muerte, la exquisita sensibilidad en un amor contrariado, la elevación de espíritu que se hacía de la vida porque todo en ello es mezquino para las almas sublimes y elevadas: la noble delicadeza del que no puede soportar una cadena de miserias é infortunios, de humillaciones y deshonor; estas y otras pueriles laudatorias tributadas en las tertulias y cafés, en las novelas y periódicos, son la aureola gloriosa que se anhela para tocar en las sublimes puertas de la eternidad, antes de ser invitados á la recepción en tan augustos salones; ¿pero solo con el suicidio preferimos una pasajera alabanza á todos los bienes eternos?

No tengo por objeto demostrar la gravedad de un delito que es la rebelion mas completa

contra la divinidad y que le arrebatara un derecho que solo á ella le pertenece; de un delito que es el desaire mas grosero á todos sus dones de una vez y el absoluto desprecio de su bondad y de su inflexible justicia; ¡infelices mil veces los suicidas, y desventurados también sus panegiristas! Lo que yo me he propuesto patentizar es que, ese odioso delito no implica precisamente el tedio de la vida, sino que hasta esta en su mas grande estima la empeñamos en el mas frívolo albur y la sacrificamos muchas veces, por una insignificante y muy necia bagatela. Por eso no es conveniente con los frívolos propagadores de tan pernicioso cáncer, tomar la cuestion á lo serio y tratarla de una manera filosófica. ¿Qué importa para ellos contravenir á los impulsos de la naturaleza y oponerse á los decretos del autor de la vida dándose la muerte, si uno y otro dirán que es sublime y que es grandioso? En vano direis que es cobardía no afrontar con ánimo sereno los sufrimientos, en vano alegareis que es racional aguardar la vindicacion en las calumnias, la expiacion y reparacion de los hechos deshonorosos y que un amor puro y santo curará las llagas de una pasión insensata. En vano presentareis á una familia desolada cuya miseria y desgracia va á aumentar el que pone

fin á su existencia con la pusilanimidad de no ver sus sufrimientos. ¿Y sabeis por qué es todo esto enteramente inútil? por qué en efecto cuesta trabajo una resolucion tan sublimemente estúpida, y por qué se trata de representar un papel poco comun y para tantos interesante. Eróstrato, para hacer célebre su nombre incendió en Efeso el templo de Diana, arrostrando los terribles suplicios de la severa legislacion de su época; y de la misma manera muchos hay que comprenden que solo pueden hacerse notables por un crimen necio y ridículo, pero para el que ningun mérito extraordinario se requiere.

Si el desprecio y el debido ridículo solo encontrasen ideas tan extravagantes, muchos la hubieran pasado menos mal, despues de llenar los planes divinos en sí y en otros, sin cortar la escala que con mano audaz hanse atrevido á romper tanto en el órden fisico como en el moral. Hay algunos, sin embargo, que en un ímpetu de violencia y con muestras de verdadero odio á la vida se han dado la muerte; pero ¿á qué extremos no conducen la precipitacion y las pasiones? Males y desafueros comete el hombre que llora y de que se arrepiente toda la vida. Madres habrá que hayan dado la muerte al hijo mas amado de su corazon. Podrá encontrarse mas ó

menos culpa, mayor ó menor conocimiento, pero el estravío de un instante, no prueba el odio á la vida y que no sea reputada siempre como un verdadero don inestimable, de que han sido el medio providencial los que nos dieron el ser.

Mas supongamos un monstruo, enemigo capital hasta de sí mismo habitualmente ¿quién es el responsable de haber llegado á situacion tan triste y de permanecer en ella? No hay mal que no calme esa benéfica Providencia de que tanto blasfema el que por no ocurrir á su auxilio siente el vacio que dejan los goces terrenos por legítimos que sean; pero bendigamos su pródiga mano por haber destinado al hombre á bienes muy superiores á todo lo que nos puede suministrar lo terreno, y que tenemos que alcanzar mediante la resignacion y el sufrimiento. Porque ¿cómo echar en cara á nuestro Criador que nos haya elevado sobre todo lo finito, y cómo pretender que nos sacie lo mezquino, cuando se nos ha dado la aspiracion que nos es conveniente para que nos encaminemos á una eterna bienandanza? Los tormentos mas intensos, si son pasajeros, no solo se alivian, sino que se convierten en gozo cuando es segura y mas que sobreabundante la recompensa.

Un pobre menestral se encuentra elevado

sin saber como á un empleo que le proporciona un rango distinguido y envidiable, pero en un momento de tedio por los sinsabores anexos á la naturaleza de los goces de la tierra, hace dimision voluntaria de aquel empleo; ó acaso porque su manejo indebido le ha criado dificultades y se lo vuelve intolerable ¿deja de ser bien en sí este puesto y puede reprocharle á su bienhechor que le haya proporcionado el modo de hacer su felicidad mediante una buena conducta y el trabajo correspondiente á tan ventajosa posicion? Joven inconsiderado, le diriais, sumad el tiempo en que habeis temblado á la sola posibilidad de perder vuestra colocacion, y no la sacrificais á la incomodidad de un instante, ó á un vano é injustificable capricho: enmendad vuestros yerros y esa desazon que tanto ahora os agita, dejará de atormentaros y entonces comprendereis la dicha que os ha tocado en suerte y las recompensas que os aguardan y que está en vuestras manos alcanzar.

Pero vosotros siempre persistis en la manía de pretenderos constituir en fines de las obras del Altísimo, señores racionalistas, ó al menos en intérpretes de su sabiduría, si no en directores de sus consejos eternos. ¿Vosotros que no le tolerariais á uno de vuestros sirvientes que os pidiese esplicacion de las

órdenes que le dieseis: Vosotros que no os cuidais de consultar las tendencias de vuestros animales, á pesar de que no les habeis dado el ser, ¿quereis que Dios os hubiera pedido licencia para formaros y que hubiera consultado vuestro beneplácito para poneros en disposicion de poderos labrar una eterna bienandanza?

Pero tal vez me replicareis: "los animales no tienen entendimiento, y por otra parte, Dios sabe desde la eternidad cuales son los hombres todos que han de condenarse." Los animales no tienen entendimiento, y vosotros que estais dotados de la espléndida luz de la inteligencia, debeis á vuestro Hacedor mayor dependencia y subordinacion por lo mismo.

Dios desde la eternidad sabe los que se han de condenar; mas tambien es eterno el decreto de la existencia de cada uno de los individuos y el de que formen un todo pensando unos de otros, cuya cadena no seria justo cortar ni trastornar para que no se le siga mal al que se lo busca.

Por otra parte vais á convenir conmigo, en que el infierno con todos sus horrores para el alma y para el cuerpo, que forman la doble sustancia de ese ser á que llamamos hombre, es de un verdadero efecto providencial y mi-

sericordioso. Partiremos del dato de que la libertad es la que nos hace merecedores.

Supongamos que Dios no criara al que se habia de condenar; y como no podria ocurrir á la mentira, no podria tampoco amenazar con el infierno, á los transgresores de su ley, y la tierra seria entonces la mansion maldita del crimen y de la maldad triunfante y sin vindicacion. Pero esto no seria nada: Examine- mos el supuesto bajo otro punto de vista mas importante todavía. Si Dios no debia de haber criado, segun os parece á los que se habian de condenar, no debió haberles dado la vida á los que se santifican y elevan á las virtudes mas encumbradas al aspecto de un saludable temor. Calculad ese número inmenso de los que no hubieran existido, suprimiendo ademas todas sus generaciones, y esterminais de un golpe la familia de Adan. No se puede negar que sois anarquistas que pretendéis subvertir el orden regular de las cosas y que siempre contais el trastorno como vuestro primer elemento.

Nada, me replicareis, se resiste á las combinaciones de la sabiduría y del poder de Dios; pero si á ese terreno me conducís, si quereis que partamos de una sabiduría infinita, doblad al punto la cabeza humillada y reconoced que todas las cosas están mejor dispues-

tas que como vosotros las hubierais ordenado; y en que sois unos insensatos en querer enmendar los planes de la divinidad.

Nada está mas sabiamente establecido y nada es mas digno de Dios á la simple vista de la sola razon natural, que el que la justicia infinita no haya creado seres inútiles y ociosos, con una preferencia caprichosa respecto de los demas que ha colocado bajo los piés del hombre para su servicio. Es muy propio de la justicia infinita el que su criatura racional y libre, se forme por sí misma su felicidad, empleando debidamente las dotes inestimables con que se ve enriquecida; ó que sufra el castigo correspondiente á su desleal abuso de tantos dones y excelencia: nada es mas grandioso que la divinidad tolere su ultraje, por el bien moral que se les sigue á los hombres de sostener una lucha incesante sobre la tierra, y nada por último es mas digno del Ser infinito, que ostentar á la vez todos sus divinos atributos, proponiéndose en sus obras á sí mismo como fin y no á sus criaturas, por elevadas que sean, por lo que tambien debe castigar, ostentando por toda la eternidad este importante atributo de su justicia infinita. Reconozcamos su Providencia bienhechora, aun en haber colocado á nuestros ojos la terrible perspectiva de tormentos

eternales que está en nuestras manos evitar, para la felicidad eterna de tantos como son los que por huir de un mal perpetuo, se santifican por fin y se tornan en inspirados cantores de las maravillas de un Dios providente.

Haceos á un lado, blasfemos, vosotros de-
beis formar los sombras de ese cuadro divi-
no, en que se dibuja una Providencia infinita:
atrás y abrid paso á los adoradores de esa
mano benéfica y pródiga en misericordias; y
si maldecís de ella porque os quiere condu-
cir al bien por la expectativa de la pena, ya
que no os basta la gratitud y el deber, sereis
el escarmiento de muchos que, con lógica mas
consecuente, huirán del castigo y del temor
servil, y se verán alentados por la dulce son-
risa del ángel de la esperanza. Haceos á un
lado, que de vuestra descendencia se escu-
charán amantes loores bendiciendo ese ojo
providente, y contraponiendo á vuestras dia-
trivas sus cánticos de alabanza. ¿Y pregunta-
reis todavía, para qué os ha criado Dios?

OBJECION

CONTRA LA PROVIDENCIA,

DEDUCIDA DEL MAL FISICO.

Hay por desgracia infelices que no forman armonía con los demas seres, en el gran cántico que toda la naturaleza entona celebrando esa Providencia cuyo ojo escudriñador todo lo mira y lo dirige á los planes benéficos de la sabiduría infinita, sino que blasfemos la acusan de los males que aflijen á los hombres.

¿Cómo es, dicen, que un Dios misericordioso no enjuga las lágrimas que sin cesar inundan la tierra, no calma los dolores de la mansion de las espinas, y no destierra los peligros que por todas partes amenazan á los mortales acibarando de continuo su desgraciada existencia? ¿Por qué no torna en risa el llanto, las espinas en flores, y el inquieto temor en plácida esperanza?

Ninguno tiene menos derecho que vosotros, filósofos mentidos, para inculpaciones tan fa-

eternales que está en nuestras manos evitar, para la felicidad eterna de tantos como son los que por huir de un mal perpetuo, se santifican por fin y se tornan en inspirados cantores de las maravillas de un Dios providente.

Haceos á un lado, blasfemos, vosotros de-
beis formar los sombras de ese cuadro divi-
no, en que se dibuja una Providencia infinita:
atrás y abrid paso á los adoradores de esa
mano benéfica y pródiga en misericordias; y
si maldecís de ella porque os quiere condu-
cir al bien por la expectativa de la pena, ya
que no os basta la gratitud y el deber, sereis
el escarmiento de muchos que, con lógica mas
consecuente, huirán del castigo y del temor
servil, y se verán alentados por la dulce son-
risa del ángel de la esperanza. Haceos á un
lado, que de vuestra descendencia se escu-
charán amantes loores bendiciendo ese ojo
providente, y contraponiendo á vuestras dia-
trivas sus cánticos de alabanza. ¿Y pregunta-
reis todavía, para qué os ha criado Dios?

OBJECION

CONTRA LA PROVIDENCIA,

DEDUCIDA DEL MAL FISICO.

Hay por desgracia infelices que no forman armonía con los demas seres, en el gran cántico que toda la naturaleza entona celebrando esa Providencia cuyo ojo escudriñador todo lo mira y lo dirige á los planes benéficos de la sabiduría infinita, sino que blasfemos la acusan de los males que aflijen á los hombres.

¿Cómo es, dicen, que un Dios misericordioso no enjuga las lágrimas que sin cesar inundan la tierra, no calma los dolores de la mansion de las espinas, y no destierra los peligros que por todas partes amenazan á los mortales acibarando de continuo su desgraciada existencia? ¿Por qué no torna en risa el llanto, las espinas en flores, y el inquieto temor en plácida esperanza?

Ninguno tiene menos derecho que vosotros, filósofos mentidos, para inculpaciones tan fa-

laces, vosotros que alejais al llanto el consuelo, el lenitivo al dolor, y á todos los males la esperanza.

El que es espiritual bendice á Dios en las adversidades, porque al traves de las penas mas erizadas ve allá en lontananza levantar-se el iris celeste que le recuerda la alianza con su Hacedor: ve ese ojo providente que no ha de abandonarle, y sabe que se tornará en dia bellissimo la oscura noche de la tribulacion y que se realizará por fin alguna vez este halagador principio. "Bienaventurados los que lloran."

Para vosotros, incrédulos desgraciados, sí es verdad que no hay luz que desvanezca con tanto las espesas nubes apiñadas de los negros pesares y teneis que sumergiros sin remedio en un diluvio de horrores que os conducirán á la desesperacion; pero vuestra es la culpa por haberos formado el hastío que os devora, y por haberos cavado el inmenso vacío que os cerca por todas partes, y del que inculpais temerarios á una Providencia siempre pródiga en sus misericordias. Pero si arastrando apenas una cadena de errores é ignorancia, de ansias y de miserias, os apegais tanto á la tierra y sois tan orgullosos; ¿qué seriais sin el temor y sin las lágrimas, en un continuo goce sin sufrimiento? Compadezcá-

monos del blasfemo y formemos mas sensatos racionios.

Si un Dios no puede complacerse en el tormento de su infeliz criatura, preciso es inferir consecuencias dignas de la misericordia infinita. "Dios, ó no quiere, ó no puede librar á los hombres de los males que les aflijen." He ahí un dilema, muy propio á la verdad de la ignorancia jactanciosa, y que nada quiere decir en resúmen. Dios no quiere ni puede sino lo que es conforme á su sabiduría infinita. Dejemos á la triste humanidad el privilegio de separar su voluntad de la razon: de caminar á ciegas y sin plan, y de preferir á lo verdadero lo aparente.

Colocada bajo su punto de vista, y despejada de la capciosidad conque se presenta, la cuestion no tiene dificultad alguna.

Este es su verdadero terreno. ¿Es conveniente en la tierra el mal físico? ¿Es mayor la sabiduría del hombre que desea estirparle del todo, ó la de Dios que le conserva?

Un dilema que tan formidable se presentaba, en ningun fundamento descansa. Muchos medios se pueden presentar entre no querer y no poder. "Yo quiero y puedo esto; pero no es justo, no es conveniente, no es racional, decimos muchas veces." No insistas

mas, hijo mio, este goce que te parece tan deleitable, te seria funesto; ese sufrimiento que se te hace tan odioso, hará tu verdadera felicidad. Cuántas veces habreis dicho así á vuestros hijos; y cuántas cuántas, el sabio médico que mas os ama, habrá tenido que aplicaros bebidas amargas, cáusticos y cauterios. Vosotros descansais en la ciencia humana, pero no quereis reposar en la sabiduría divina. El dilema propuesto no se sujeta á las leyes del racionio, porque se da medio.

Ahora veamos si se infiere la conclusion. Dios no quiere impedir el mal físico: luego es cruel. Famosa consecuencia: ¿no es mas recto deducir que no es conveniente su abolicion acá en la tierra? Dios no puede impedir el mal físico: luego no es poderoso. Dios no puede impedir el mal físico, porque no puede obrar contra los planes de su sabiduría infinita, como un padre no puede dejar de afligir al hijo mas amado de su corazon, cuando así es conveniente á su verdadero bien; luego no es poderoso. Tambien es absurda semejante deduccion.

Pero qué decís: ¿que Dios ó no quiere ó no puede impedir el mal físico? Echad una mirada retrospectiva sobre vosotros mismos, y mil sucesos verdaderamente providenciales

se levantarán contra vosotros para desmentiros. Derramad vuestra vista por todas partes y encontrareis por donde quiera multiplicados monumentos que os atestiguarán sin duda todo lo contrario. Si preguntais á todos los hombres, os dirán que en cualquier suceso extraordinario, en cualquier peligro, en todo acontecimiento próspero ó adverso, se sienten instintivamente movidos á ocurrir á la divinidad, implorando su auxilio en las calamidades ó tributándole gracias y bendiciones por la prosperidad: pruebas suficientes de que pertenece á la conciencia universal la íntima persuasion de que Dios nos atiende siempre y nunca nos abandona, y de que puede y quiere libramos de todos los males, supuesta nuestra cooperacion y verdadero interes.

En efecto, todos los pueblos de la tierra, repito, han invocado á la divinidad en las calamidades públicas y todos los individuos en las privadas; y aquellos y estos le han rendido en todo tiempo gracias tambien por los acontecimientos faustos, atribuyendo á castigos de la omnipotencia ó á efectos propios de la perfeccion de las criaturas, las calamidades que experimentan las naciones y los individuos, reconociendo empero la justicia y la misericordia en medio de las aflicciones, y que Dios quiere y puede libramos de los ma-

los físicos que nos aquejan y de que de facto nos libra.

Dios no quiere librar á los hombres de todos los males físicos, sino que ha mezclado estos con los bienes: esta es otra cuestion muy diversa á la verdad. Ya hemos observado que si el hombre solo tuviera goces en la tierra, se apegaria demasiado á ella y seria mayor su soberbia que la que domina constantemente su corazon, ahora que solo tiene motivos de humillaciones y de dolorosos suspiros. Reflexionad lo que es el hombre en la prosperidad, ved la dureza de su corazon, su ensimismamiento y el olvido absoluto de su Creador. Ved igualmente la ávida descendencia de Adan, cómo corrió solicitada tras de placeres y de bienes efímeros que sabe que al tocarlos ha de ser punzado por agudas espinas. Supongamos, por otra parte, que este orgullo y la posesion de bienes menos amargados pero terrenos, no habia de causar males sensibles. ¿El daño del alma podria ser indiferente á la Suma Santidad?

Pero no todas las desgracias de que el hombre se lamenta con relacion al orden físico podemos atribuir las á las pocas ventajas de nuestra natural miseria: el mayor número de ellas, y las mas grandes, nos vienen de

nosotros mismos y de los demas hombres nuestros hermanos.

Repasemos uno á uno, los dias que hemos sufrido sobre la tierra, y nuestro corazon se oprimirá al comparar lo que es, con lo que debia ser esta mansion de destierro, sí; pero cual corresponde al hombre que es el monarca de nuestro globo; y nos desengañaremos de que lejos de poder acusar á la Providencia del cúmulo de males que nos afligen, somos responsables de estar contrariando sin cesar los planes divinos, y que nuestro Criador aleja constantemente de nosotros, las consecuencias funestas de nuestra imprudencia y desórdenes. ¿Qué seria de este nuestro mundo si una accion superior no estuviera neutralizando y previniendo las consecuencias de nuestros vicios y pasiones?

Si se redujeran nuestros males á los anexos á nuestra misma naturaleza, cuánto mejoraria la suerte de los mortales; y ¿cómo se tornarian la risa en llanto y en una fuente de consuelo y de satisfacciones, las mas negras desdichas? Cada hombre debe ser una providencia para sus semejantes, y amarlos como á sí mismo. La violacion de esta ley de amor y de concordia, es la que ensangrenta toda la tierra y hace correr torrentes de

lágrimas en toda su superficie; envenenando las heridas, lejos de cicatrizarlas.

El desnivel de posesiones, genios, capacidades y circunstancias, así como la mezcla del goce y del padecimiento, y todo lo que nos contradice y reputamos mal, forman la armonía mas completa, como en un coro la diversidad de tonos, su prolongacion ó rapidez. ¿No veis en una composicion musical, qué grato efecto produce una nota melancólica, la modulacion de un gemido mas ó menos prolongado, y qué melodía tan encantadora los diversos tintes de sentimientos y afectos opuestos, mezclados hábilmente por el compositor? ¿Y podremos echar en cara á este, la ejecucion de los filarmónicos?

En la tierra, segun los decretos de la sabia Providencia, el rico debe ser tesorero de los pobres; el sabio, luz de los ignorantes; y el poderoso, protector de los débiles: todos los hombres son de sus semejantes y para sus semejantes; pero nosotros, lejos de seguir los caminos de la Providencia, tomamos contrarios rumbos, desconcertando por nuestra parte, y hasta donde es posible, el orden establecido, abusando cada uno del papel misericordioso que debe representar. Dios no manda que el rico sacrifique al pobre para amontonar mayores tesoros: que el ignorante sea

engañado por el mas entendido; y que el poderoso oprima al débil con la fuerza conque debe socorrerle. Dios no prescribe esa lucha continua de la envidia del pobre hácia el rico; de la petulancia altanera del ignorante, usurpando su puesto á los sabios; ni la rebelion del súbdito contra toda autoridad. Examinemos si estamos nosotros en el puesto que nos corresponde, si no contribuimos en manera alguna al trastorno y subversion del órden regularizador de la Providencia, y entonces nos sorprenderá mas bien esa bondad infinita, que no se cansa de ser contrariada por todos y en todo, y que lejos de abandonarnos á las naturales consecuencias funestas de tanta irregularidad é ingratitude, sabe sacar bienes de los males, y nos consuela aun de las desgracias que nos han acarreado nuestra desobediencia y rebelion á sus mandatos.

Por lo demas, las diversas condiciones de los hombres, son siempre benéficas á la humanidad. Supongamos por un momento que desaparecen de la tierra con todos los males físicos que nos vienen de nuestra propia naturaleza. ¿Qué insufrible monotonía! ¡qué molicie y qué pequeñez la del hombre! Su limitacion solo le permite abarcar un algo. ¿Y no era este algo con lo que se tendria que

conformar toda la humanidad en el supuesto de que todos los hombres estuvieran dotados igualmente? Haced la aplicacion de semejante hipótesis, teneis un campo inmenso, multiplicad los ejemplos que á simple vista se destacan, y vendreis á convenir por fin en que sois absurdos y ridículos, cuando quereis enseñar á la divinidad, cómo debe repartir sus dones entre sus criaturas para el bien procomunal.

Examinemos los que llamamos males físicos y veamos si así pueden ser llamados. El dolor, las penas, el temor y toda clase de contradicciones, producen en nosotros efectos ya físicos, ya morales, que nos indemnizan con mucho de los tan ponderados sinsabores que nos causan. ¿Qué bienes físicos nos puede traer el dolor, me direis? ¿Pues quién sino él os advierte tantos peligros como atacan vuestra existencia? Hagámosle desaparecer de la vida y ¿quién nos anunciaria la muerte? El nos revela la descomposicion y destruccion de nuestro organismo, para que cuidemos de reponerle, y nos advierte de nuestros últimos dias, que de otra suerte, nos sorprenderian mas desapercibidos; y el dolor en fin, nos hace evitar peligros sin número, que destruirian nuestra delicada máquina sin que nos apercibiésemos de ello y sin remedio.

Recorred todo lo que contraría á la humanidad, comparándolo con la relacion que tiene con el todo, y hallareis solo motivos de gratitud á ese Dios providente que ha sembrado en nuestro camino tantos contrastes que embellecen este mundo, y de los cuales todavia no percibimos en muchos los tesoros de utilidad que para el hombre encierran; porque su Hacedor se complace en hacer bienes ocultos á su predilecta criatura, por los cuales ésta debe rendirle tambien cánticos de gracias tanto mas públicos y esmerados, cuanto es mas delicado el beneficio. Yo estoy persuadido de que á esta clase pertenecen el mayor número de los que nos concede esa Providencia infinita, que como una madre tierna, oculta preciosos juguetes á su pequeño, para que goce el placer del hallazgo.

Esa Providencia inescrutable, premia la laboriosidad de los hombres y sus sacrificios por la humanidad. Franklin, con riesgo de su existencia, levanta el para-rayos, salvando la vida de tantos, y se ciñe la aureola de la inmortalidad: el trueno, símbolo de furor y de muerte, era la voz poderosa de la Providencia que llamaba al hombre para que fijándose en el fluido eléctrico, pudiese comunicarse con toda la raza humana, mediante la invencion del telégrafo. Morse encadenó

el rayo en el alambre, y ha estrechado todos los continentes que bendecirán su nombre agradecidos. En las playas de Inglaterra se mira un mónstruo marino que se acerca á ellas desconocido: sus imponentes bramidos y celeridad extraordinaria, asusta á los delfines y ballenatos, á las serpientes y mónstruos marinos. Esa máquina de terror, era la locomotiva de Fulton que tomaba posesion de los mares, acallando la soberbia de las olas, porque una sabia Providencia le inspira al hombre hurtar el cuerpo de lo que le es peligroso, y encadenarlo para hacerlo producir el bien, sumiso y obediente en favor del elevado Monarca, á quien su autor ha dado el dominio de las aguas y de los vientos, de la tierra y de las tempestades.

Pero si respecto á la naturaleza tantos bienes saca el hombre del que se llama malfísico, respecto á lo moral son verdaderas riquezas é inestimables para el alma, sus tan temidos y poco apetecibles frutos. Preguntad á una madre si se arrepiente de haber sentido los dolores del parto, cuando imprime un tierno ósculo en los inocentes labios de su parvulito. Veis aquel hombre víctima de los mas tristes desengaños, hastiado de la vida y agotada la sensibilidad á fuerza de sufrimientos: la Providencia le preparaba un ami-

go, y fué preciso que experimentase toda clase de desdenes y de injusticias, para que le sonriera la dulce amistad con toda su solicitud y desprendimiento, con todo su encanto y su verdad. Penetrad conmigo á esos asilos de misericordia, á esas mansiones del dolor y del quebranto: allí una delicada vírgen llena de abnegacion se impone voluntarios sacrificios: mitiga los dolores del desvalido que padece: sufre resignada la ingratitud y la calumnia: llora con quien llora y vierte un bálsamo de consuelo para cada uno de los pesares del espíritu..... Escuchad ahora con qué acento tan dulce é insinuante levanta el corazon de la que ya estaba próxima, casi rendida á la desesperacion, y que se detiene sorprendida á escucharla: derrama llanto y se siente aliviada y conmovida. Esa infeliz enferma tiene mucho que olvidar: se vió jóven, hermosa, celebrada: desvaneciósese con el humo de la alabanza y de la adulacion, y su caida fué lastimosa. Debíó y pudo levantarse; pero envuelta en un torbellino de desórdenes, el desprecio con todo su frio glacial; la pálida vejez con sus profundas arrugas, con todos sus desencantos; y la enfermedad moral con sus negros horrores y remordimientos, empujaban ya á la desesperacion y con ella blasfemia y á la impiedad; y en vez de

ello veo dos aureolas gloriosas que circundan, una el bello semblante de la doncella cristiana, y la otra el de la pecadora arrepentida que se purifica en los padecimientos que bendice.

Venid, pretendidos sabios, pretendidos amantes de la humanidad, que os decís filántropos y humanitarios, y decidles á los desgraciados que la Providencia no se cuida de los hombres, ó presentadles como lo haceis, un Dios cruel que se complace en atormentar inutilmente á sus criaturas: decidles que la misma suerte se le espera al opresor y á la víctima, al justo y al injusto, porque todo se distribuye al acaso, sin plan y con parcialidad y ¿hareis renovar la paz del corazón, renacer la esperanza, y que la resignacion conduzca al hombre hasta afrontar con serenidad, con positiva alegría toda suerte de sinsabores? ¿Vuestras predicaciones dulcificarán las costumbres, alentarán las virtudes y darán la felicidad á los pueblos y á los individuos? ¿Presentais al Ser infinito como debe existir sin límite en perfeccion? ¿O negais de hecho su existencia incompatible con el mal, haciéndole cargos indignos á su santidad, y muy propios de vuestra ingratitud y atrevimiento? Por fortuna el árbol se ^{no} atreve por sus frutos, y el resultado de vuestras

doctrinas patentiza sobreabundantemente que son opuestas á la existencia del ente infinito, á los planes que revela la creacion y á la tranquilidad del género humano. Vuestra filosofía solo trae consigo errores, oscuridad, trastornos, desgracia é infelicidad. Si creéis que en efecto es tan infeliz la suerte de vuestros semejantes, olvidad vuestra sabiduría que aleja todo consuelo; y no con el pretesto de maestros, nos hundais en un abismo sin salida y lleno de horrores. Si no tenéis capacidad sino para conducirnos al crimen y á la desesperacion, cerrad vuestras cátedras, enmudezcan vuestros labios, y execrad y maldecid una ciencia que es tan funesta: apiadaos de nosotros, y no nos hagais mas miserables.

Los males físicos no son verdaderamente males, porque no nos separan de nuestro fin, sino que por el contrario nos conducen á él de una manera muy eficaz por lo que mejor podemos reputarlos bienes; y un recto juicio si no hubiera otras pruebas muy concluyentes de que no es de la tierra la felicidad para que fuimos criados, atenta la bondad infinita, lo insustanciales que son al hombre los goces mas legítimos que le rodean y la mezcla de tantos sinsabores y angustias como por todas partes le cercan, en vez de acusar osado á la

Providencia divina, debia inferir que le reserva otra mejor estancia, y entonar himnos bendiciendo á ese Dios que nos ha condecorado con mas alto título que el de monarcas de nuestra esfera.



DIA PRIMERO

Y DEVOCION

PARA LOS TRES DIAS ULTIMOS DE CADA MES

EN HONRA DE LA

DIVINA PROVIDENCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

Providencia divina, debia inferir que le reserva otra mejor estancia, y entonar himnos bendiciendo á ese Dios que nos ha condecorado con mas alto título que el de monarcas de nuestra esfera.



DIA PRIMERO

Y DEVOCION

PARA LOS TRES DIAS ULTIMOS DE CADA MES

EN HONRA DE LA

DIVINA PROVIDENCIA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



DIRECCIÓN GENERAL DE

... la Providencia que todo lo que se crea y se conserva es por la voluntad de Dios, todo lo que se crea es por la voluntad de Dios, todo lo que se conserva es por la voluntad de Dios, todo lo que se crea y se conserva es por la voluntad de Dios.

DIA PRIMERO

EN HONRA DE LA

DIVINA PROVIDENCIA.

Al que es principio de todas las cosas, le son debidas las primicias de todas ellas. Dios, Autor de todo lo criado, es el principio sin principio de todo. A Dios deben todas las criaturas todo el ser que tienen; ni le deben solo el primer ser ó el principio en que comenzaron, le deben tambien en cada instante de tiempo el ser que gozan, pues lo gozan porque Dios se lo está manteniendo, que no solo es criador y causa primera, sino tambien conservador, sin cuya accion nada hacen ni pueden las criaturas.

Sobre estos títulos aun tienen los hombres por qué reconocer á Dios y consagrarse á su amor, obsequio y alabanza. Porque no solo con la virtud de su omnipotencia les da y les mantiene el ser que les ha dado, sino tambien con

su Providencia que todo lo ve, todo lo mira, todo lo dispone, los cuida y les provee de todo lo que les conviene; no se mueve ni aun la hojita del árbol sin la voluntad de Dios: todo lo que acaece en el mundo es segun la disposicion divina, á la que nada se le va por lo alto, y que todo lo ordena segun su sabiduría infinita ve que conviene.

Conviene, pues, adorar y reconocer la providencia de Dios en todo lo que nos acaece, y ponernos á su amparo; así porque nada nos podrá dañar si Dios nos favorece, como porque tiene particular cuidado con los que le aman, como es razon que se hagan mas favores á quien los agradece y corresponde. Bien que á todos se estiende la amorosa y favorable Providencia de Dios, pues hace que todos los dias nazca para todos el sol y todos gocen de su luz y calor.

Y como segun la carrera del sol se varian los meses, cada mes entramos en un nuevo cúmulo de dias y horas; entramos sin saber lo que en cada dia y hora nos puede suceder. Però Dios sí lo sabe; por eso aunque cada instante estamos al arbitrio de la Providencia Divina, será buena devocion y práctica provechosa que por lo menos al principio de cada mes la invoquemos y nos la procuremos propicia, así para hacerle gracias por los dias pasados, como para procurar favorables sucesos en los venideros.

Una de las cosas, ó favorable, ó desgraciada, que nos puede acontecer en el mes en que entramos, es la muerte. Dios sabe cuándo será; però será favorable si nos coje en su gracia, y desgraciada si nos coje en pecado.

El dia, pues, primero del mes, será bueno confesar y comulgar, como de prevencion para la última hora; tener ese dia algun tiempo de meditación sobre el punto de la muerte ú otro, ó á lo menos leer por media hora algun libro devoto; examinar y ver los riesgos del alma, y el modo de resguardarse de ellos en todo el mes; rezar el rosario, oír misa, y en alguna parte del dia rezar la devocion que aquí se señala. Se comenzará por el acto de contricion, y luego se dirá la siguiente

ORACION.

Dios y Señor nuestro, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuya Providencia no yerra en todo lo que dispone, y nada acontece que no lo ordene con bondad y rectitud inefable; rendidamente os pedimos y suplicamos que aparteis de nosotros todo lo que nos puede ser perjudicial, y nos concedais todo lo que nos puede ser provechoso. Es así que en vuestra Unidad de esencia y Trinidad de personas, podeis, Señor, sabeis y queréis gobernar las cosas de modo que cedan en gloria vuestra y bien de los que amais; sean todas las acciones y acontecimientos de nuestra vida tales, por favor y gracia que nos hagais, que en nada faltemos á procurar vuestra gloria y en nada sintamos ni esperitemos perjuicio de nuestras almas. Que nos mantengais la vida como convenga y que en todo caso nos libreis de muerte desprevenida. Sea, Señor y Dios nuestro, favor de vuestra misericordia el que siempre vivamos en vuestra gracia; que así seremos dichosos hasta ir á reconoceros y adorar vuestra

amable Providencia en la eterna bienaventuranza. Amén.

Se rezan tres Credos á la Santísima Trinidad, y luego la siguiente

ORACION.

Señor, Salvador y Dios nuestro Jesucristo, que por amorosísima traza y disposición de la Divina Providencia, cargasteis sobre vos el remedio total de los hombres, fatalmente perdidos por el pecado: recibid ahora el afecto de nuestros corazones con que os agradecemos el que á costa de padecer, pagáseis la pena merecida de nosotros por nuestras culpas, y nos abriéseis las puertas del cielo que nos cerró el pecado. ¿Quién, si no vos, cuya Providencia junta el saber y el querer, pudo proveernos de remedio tan poderoso? Bien se conoce que sois Dios de bondad infinita: resta que nosotros no malogremos, por nuestra malicia, el precio de vuestra sangre: resta que cooperemos queriendo de vuestra voluntad, abrazar lo bueno y dejar lo malo. Así proponemos hacerlo; quitaremos las ocasiones, prevendremos los riesgos, contendremos nuestras inclinaciones. Pero, Señor, este ha de ser efecto de vuestra pasión y muerte, que tengamos gracia para cumplir lo que proponemos. Esta os pedimos para todo este mes, en que queremos vivir como quien ha de morir. Así lo deseamos, así lo pedimos, y esperamos de vuestra bondad que lo hemos de conseguir. Amen.

Cinco Padre nuestros á las Cinco llagas, y luego la siguiente

ORACION.

Virgen Santísima, María Madre de Dios y Señora nuestra: vos fuísteis la escogida y destinada de la Divina Providencia para Madre de nuestro Redentor, y por eso reparadora de nuestra miseria y distribuidora de la gracia. No se pierda ninguno en quien poneis vuestros ojos misericordiosos; por eso á vuestro amparo nos acogemos, y porque reconocemos que sois tan limpia que ni el pecado original os manchó; para hacer algo de vuestro gusto, os ofrecemos guardarnos todo este mes libres de todo pecado mortal, en particular de la soberbia, de la ira, de la liviandad. Vos, Madre y Señora nuestra, acogednos como á hijos, cuidadnos como criados, haced con vuestros ruegos, que todo lo alcanzan, que Dios nos favorezca en vida y en muerte, y que le seamos fieles en no estorbar aquella voluntad con que á todos nos quiere eternamente dichosos. Dos padrinos invocamos y ponemos de empeño: vuestro castísimo esposo Señor San José, y vuestro celosísimo siervo San Ignacio de Loyola. Vuestro esposo cooperó con vuestro Hijo Jesucristo y con vos, para que fuéramos redimidos. Vuestro siervo fué enviado de Dios á su Iglesia para fortalecerla con nuevo socorro, y por eso deseó tanto y procuró la mayor gloria de Dios. Ea, pues, Señora, pon en nosotros esos tus ojos, para que cuanto nos acontezca sea para bien de nuestras almas y mayor gloria de Dios. Amen.

Siete Ave Marias á los siete Dolores de Nuestra Señora.

TRES DIAS ULTIMOS

DE CADA MES,

CONSAGRADOS A LA

DIVINA PROVIDENCIA.

ACTO DE CONTRICION.

¿A dónde, á dónde huiré ¡oh Dios mio! de tu enojado rostro? ¿Dónde ocultaré de tu presencia la multitud de mis iniquidades? Si remonto mi vuelo hasta el empíreo, allí te encuentro; si me precipito hasta el abismo, allí te hallo, ¡ay de mí! En todas partes estás; todo lo llenas, y no hay un lugar bastante escondido donde pueda ocultar mi maldad y mi vergüenza. ¡Oh y quién me concediera el escaparme de tus ojos mientras pasa tu furor! Pequé, Señor, pequé; y atormentado con esta idea, lloraré dia y noche mi desgracia. Yo me confundo de comparecer delante de tí, asqueroso é inmundo por mis pecados, habiéndote prometido tantas veces no volver mas á ofenderte; pero ¿qué ha de ser en tu presencia un hombre, que habiendo nacido de mujer, está rodeado por todas partes de miseria? . . . Pequé, Señor, ten misericordia de mí.

Sáname, que estoy enfermo, y solo es obra de tus manos mi salud. Me arrepiento firmemente de mis yerros, y mi corazon se despedaza de dolor por haberte agraviado. Me pesa una y mil veces haber quebrantado tu santa ley y haber perdido tu amor, no por el interés del cielo prometido á los que obraren bien, ni por temor del infierno, donde serán castigados los malos para siempre, sino única y precisamente por ser tú, Dios mio, el Bien Sumo, la Bondad infinita y el solo digno de todo amor. Yo protesto no ofenderte jamás, si me ayudas con tu divina gracia, y espero que compadecido de mi debilidad y flaqueza, me has de perdonar mis culpas y dirigir mis pasos á la bienaventuranza, donde sin fin te adore, te ame y te alabe en compañía de los ángeles y de todos tus santos. Amen.

ORACION

PARA TODOS LOS DIAS.

¡Oh Dios infinitamente sábio y providente, que dispones y ordenas con suavidad todos los acontecimientos del mundo, aun los mas pequeños y que parecen mas despreciables! Humildemente te suplico dirijas nuestras obras y guies nuestros pasos por el camino de la perfeccion, para gloria tuya y bien de nuestras almas; y nos libres, Señor, de una muerte repentina y de cuanto sea obstáculo para nuestra salvacion. Por Jesucristo Señor nuestro. Amen.

Tres Padre nuestros gloritados, y luego lo siguiente

ORACION

PARA EL PRIMER DIA.

Dios Eterno, que despues de haber sacado de la nada cuanto en el mundo existe, formaste al hombre á tu imagen y semejanza y lo constituiste superior á todo lo criado, esceptuando los ángeles, habiendo ordenado tu Alta Providencia que todas tus obras le fuesen de utilidad y regalo: yo reconozco, Señor, la multitud de beneficios de que entonces le colmaste y le prodigas á cada momento, y te rindo humildísimas y afectuosas gracias porque te dignaste poner en él los ojos, haciéndolo el objeto de tus caricias, sin desdenarte de amarlo, á pesar de los humildes principios de que lo formaste: elevaste el lodo vil á ser el blanco de tus complacencias. El habria sido el mas feliz de los seres si te hubiese dado gusto y obedecido tus suaves y justos preceptos; pero rebelde á su Criador y Padre, osó quebrantar tu ley y se hizo á sí mismo infeliz y desventurado: mas tú, benignísimo Señor y Dios mio, no por eso dejaste de protegerlo, y aunque con el sudor de su rostro (en pena de su primera culpa) le proporcionaste medios para que se sustentase y viviese, amándolo aun en medio de su iniquidad. Animado yo de esa Bondad infinita, humildemente te suplico te dignes ayudarme, dándome los auxilios eficaces que necesito, para arrepentirme de veras de todos mis pecados, y ordenes mis obras á tu santo servicio; y tambien te pido que vuelvas tus piadosos ojos á mí y á

mi familia, dándonos lo necesario para nuestra subsistencia, para que de este modo nos dediquemos á obedecerte y amarte en la tierra, y despues te gocemos en la eternidad. Amen.

SEGUNDO DIA.

Hecha la señal de la cruz, y dicho el acto de contricion, con lo demas del dia primero, se concluye, en vez de la última, con esta

ORACION.

¡Oh Dios Eterno! que compadecido de la miseria del hombre, despues que inobediente quebrantó tus preceptos, por un exceso de amor enviaste á tu Unigénito Hijo al mundo, para que revistiéndose de la carne mortal, diese su vida por salvar á los pecadores: yo te doy, Señor, humildes gracias por tan singulares favores, y te suplico rendidamente veles sobre mí y sobre mis cosas, para que en cuanto haga y ejecute, sea todo de tu gusto y ceda en honra y gloria tuya. No permitas se haga en mí infructuosa por falta de las disposiciones necesarias, la adorable sangre de mi Señor Jesucristo, por la cual te pido encarecidamente me des tu gracia y no olvides mi pobre familia, que para su sustento cuenta con tu liberalísima proteccion, sin la cual nos reduciríamos á la nada, y con la que nada nos puede faltar ni dañar. Encamina, Señor, nuestras obras para que te sirvamos en esta vida y despues de la muerte te gocemos en la eterna. Amen.

TERCER DIA.

Hecho lo mismo que el anterior se da fin con esta

ORACION.

Dios infinitamente Santo, Señor absoluto de todas las cosas, que despues de la triunfante Ascension de tu Hijo Jesucristo al cielo, te dignaste mandar sobre los apóstoles al Espíritu Divino, tercera persona de la Trinidad Augustísima, para que iluminándolos y confortándolos en la fé publicasen por todo el mundo el Evangelio: yo te rindo humildísimas gracias por los multiplicados beneficios que has hecho siempre al hombre, y te suplico encarecidamente ilumines mi espíritu, para que no tropiece en los tristes escollos de la irreligion y la herejía, y guíes mis pasos por la estrecha senda de la virtud todo el tiempo que tuviese á bien conservarme la vida: haz, Señor, que en ella no me falten ni los socorros espirituales, ni los temporales auxilios, para que de este modo dedicándome en la vida á tu servicio, tenga despues la dicha de verte y cantarte dulcísimos himnos en los espacios inmensos de la gloria. Amen.

El himno y oracion siguientes, que son de la Iglesia, pueden repetirse siempre que la devocion lo dictare.

HIMNO.

Director poderoso
de todo el universo:
Dios veraz, que gobiernas
y das leyes al tiempo;
Que envuelves la mañana
en resplandores bellos,
y la ardorosa siesta
iluminas con fuego.

La llama devorante
apaga de los pleitos,
y la calor consume
de dañosos intentos.

Concede una perfecta
salud á nuestros cuerpos,
y la paz verdadera
infunde en nuestros pechos.

Vos, Padre piadosísimo,
Hijo único y Eterno,
y Espíritu Divino
solo un Dios verdadero,

Prestad piadoso oído
á nuestro humilde ruego,
reinando en todas partes
por siglos sempiternos.

V. Elevé mis ojos á los montes de donde ha de venir mi auxilio.

R. Mi auxilio vendrá del Señor que hizo el cielo y la tierra.

ORACION.

¡Oh Dios, cuya Providencia nunca se engaña ni yerra en sus disposiciones; humildemente te suplico apartes de nosotros todo lo que nos pueda perjudicar, y nos des cuanto nos sea provechoso. Por Jesucristo Señor nuestro. Amen.

ORACION

Para ofrecer la estacion al Santísimo Sacramento, y lograr del gran tesoro de indulgencia, que adelante se dirá.

Suplicote Padre Eterno, por tu infinita misericordia y por los méritos de mi Señor Jesucristo, intercesion de la Santísima Virgen María, y de todos los ángeles y santos, seas servido de mirar por la exaltacion de nuestra santa fé católica, la paz y concordia entre los príncipes cristianos, estirpacion de las herejías, conquista de la Tierra Santa, vida, salud, intencion y acierto en su gobierno al Sumo Pontífice, y de todos los superiores y ministros eclesiásticos y seculares: las necesidades espirituales y temporales de nuestra Madre la Iglesia, la conversion de los infieles y de los cristianos que están en pecado mortal, el auxilio eficaz para el remedio de los que se hallan en peligro ú ocasion de pecar, la perseverancia y aumento en gracia de los justos, la salvacion de todas las almas, el descanso de

las que están en el purgatorio, especialmente de aquellas por quienes mas debo pedir, mirados los títulos de justicia, caridad y agrado vuestro: concededme el tesoro de estas indulgencias; tened, Señor, misericordia de mí, no permitais me coja la muerte sin haberos satisfecho por mis pecados, adquirido todas las virtudes, recibido los Sacramentos, hecho muchos y muy fervorosos actos de amor vuestro, y logrado plenaria indulgencia de mis culpas, con muchos aumentos en vuestra gracia. Amen.

INDULGENCIAS.

Cuantas veces se rece la Estacion mayor, que se compone de seis Padre nuestros y Ave Marías con Gloria Patri, se ganan las indulgencias plenarias y no plenarias, y estaciones que hay en Roma, Jerusalem, Porciuncula y Santiago de Galicia, y remision de las penas merecidas por las culpas, pidiendo á Dios por lo que dice la anterior oracion, la cual es tambien para visitar los cinco Altares, y rezándola en cada uno de ellos aunque no se rece otra cosa, se gana cada dia, segun graves autores, veintiseis indulgencias plenarias, noventa y un mil trescientos y sesenta años de indulgencia, veintitres mil ciento sesenta y cuatro cuarentenas de perdon, doce terceras partes de pecados y remision de todos ellos. Los domingos se gana lo mismo que si visitaren los Santos Lugares de Jerusalem y Santiago de Galicia, y cada dia se sacan veintiseis almas del purgatorio.

Los religiosos, religiosas y hermanos de la Orden Tercera de N. S. P. S. Francisco, cuantas veces recen la Estacion, sea en la iglesia, casa, calle ó campo, ganan cuatrocientas veintisiete indulgencias plenarias, siete veces remision de la tercera parte de sus pecados, treinta y dos mil trescientas veinticuatro cuarentenas de perdón, sacan trece almas del purgatorio, y ganan las indulgencias que hay en Roma, Jerusalem, Santiago de Galicia y Porefuncula: con la Estacion menor de tres Padre nuestros y Ave Marías gloriados, ganan lo mismo cuantas veces la recen, pero ha de ser en la iglesia; y con la mínima de un Padre nuestro y Ave María gloriado, se gana lo mismo una vez al día, pero en la iglesia y de rodillas.

HIMNO

Á LA

DIVINA PROVIDENCIA,

O ARREPENTIMIENTO DE UN PECADOR

PARA ALCANZAR

LOS AUXILIOS DIVINOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Los religiosos, religiosas y hermanos de la Orden Tercera de N. S. P. S. Francisco, cuantas veces recen la Estacion, sea en la iglesia, casa, calle ó campo, ganan cuatrocientas veintisiete indulgencias plenarias, siete veces remision de la tercera parte de sus pecados, treinta y dos mil trescientas veinticuatro cuarentenas de perdón, sacan trece almas del purgatorio, y ganan las indulgencias que hay en Roma, Jerusalem, Santiago de Galicia y Porefuncula: con la Estacion menor de tres Padre nuestros y Ave Marías gloriados, ganan lo mismo cuantas veces la recen, pero ha de ser en la iglesia; y con la mínima de un Padre nuestro y Ave María gloriado, se gana lo mismo una vez al día, pero en la iglesia y de rodillas.

HIMNO

Á LA

DIVINA PROVIDENCIA,

O ARREPENTIMIENTO DE UN PECADOR

PARA ALCANZAR

LOS AUXILIOS DIVINOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE VERACRUZ
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS TÉCNICOS

HIMNO

A LA

DIVINA PROVIDENCIA.

Querite ergo primum regnum Dei.

MATT. VI.

ETERNO SER SUPREMO, en quien está
La vida de los míseros mortales,
Vuelve tu vista, mírame postrado
Regando con mi llanto tus altares.
Es verdad, soy indigno, no merezco
Me dirijas tus ojos paternales;
¿Pero á quién si no á tí podré quejarme?
¿A quién le mostraré necesidades
Que al momento cual tú pueda aliviarlas,
Y volverlas de penas en bondades?
Clemencia pido... sí; clemencia pido,
Y á pesar que son tantas mis maldades,

Sé que me has de escuchar, si tierno pido,
 Y conmigo has de usar de tus piedades;
 ¿Por qué he de desconfiar? . . . ¿No eres mi Dios?
 ¿No te costé de sangre los raudales?
 ¿No me sacaste de la misma nada
 Para decirme á mí hijo, y yo á tí, Padre?
 ¿No antes de padecer aquella noche
 Me dejaste de amor claras señales
 En este SACRAMENTO do te adoro
 Oculto y disfrazado en esos panes?
 En ese pan que al hombre le fué dado
 Porque fuera un conducto de salvarse?
 Y cuando tú, Señor, con franca mano
 Me has librado de riesgos y de males,
 ¿Podré yo desconfiar, vuelvo á decir,
 Que en este mes me niegues tus piedades?
 Quien á tí clama, quien á tí se acoje,
 No se ha oído, no, jamas en los anales
 Que salga desconsolado, y seré yo
 A quien tanto favor ha de negarse?
 Bien es verdad que si he tenido vida,
 Me ha servido tan solo de apartarme
 De vuestro amor, de vuestra gracia santa,
 Y por lo mismo solo á condenarme.
 ¿Y me atrevo á decirlo! ¿Con qué he usado
 De todas mis potencias por faltarte?
 Qué horror, gran Dios! qué horror; oh si pudiera
 En este instante mismo aniquilarme!
 Venid, criaturas, y tomad venganza;
 Ved que á vuestro Criador llegué á faltarle:
 ¿Qué confusion es esta en que me encuentro!
 ¿Cómo es posible, oh Dios, tanto cegarme!
 ¿Qué demencia es la mia que no la entiendo!
 ¿He podido de vos tanto apartarme?
 Todos te alaban, solo yo te ofendo:
 ¿Quién de este opróbio, oh Dios, podrá librarme!

Pero piedad, Señor, piedad, Dios mio,
 Que en el abismo quiero sepultarme,
 De ver lo ingrato que con vos he sido,
 Y el tiempo que he pasado sin amarte.
 Me avergüenzan, Señor, aun las criaturas
 Inferiores á mí . . . no racionales:
 Por do quiera que estienda yo mi vista,
 Ya la dirija yo á la tierra, ya á los mares,
 Encuentro que te alaban amorosos
 Desde el pequeño insecto hasta las aves;
 Pues estas al momento que descubren
 Los campos todos, porque aurora sale,
 Abandonan el nido, sus poyuelos,
 Y ufanas ostentando sus plumajes,
 Con sus gorjeos las gracias te tributan,
 Y tu nombre publican por los aires.
 Y yo, Señor, entonces solo pienso
 Sin alabar tu nombre, en levantarme
 Y en discurrir tan solo el nuevo dia
 En qué placeres nuevos pueda emplearme.
 Los perezosos bueyes al arado
 Caminan presurosos á enseñarme,
 Que con planta solícita he de andar
 Si no quiero en los vicios sepultarme.
 Los campos y los montes, las praderas,
 Los desiertos horribles y los valles,
 Las plantas y las flores olorosas,
 Los cedros, los arbustos, arrayanes:
 Los bulliciosos peces, que en las aguas
 Resisten á los fuertes huracanes,
 El triste gusanillo imperceptible,
 Y la fiera mayor, terrible ó grande.
 La aurora, el dia, la noche, las tinieblas,
 El año con sus cuatro variedades,
 El claro sol, la refulgente luna,
 Y tantos de ese cielo luminares,

Me enseñan con su curso que obedientes
 A tu mandato son constantes; leales;
 Y todas las criaturas de la tierra
 Cumpliendo con el fin que tú las creaste,
 Mudas pregonan que eres su Creador!
 Que les prodigas todas tus bondades,
 Y en esa confesion . . . ¡Eterno Dios!
 Con vergüenza descubro mis maldades.
 Y á vista de esto, ¡oh Dios! qué hará mi pecho
 Cuyas pasiones tantas tú bien sabes,
 Pues por ellas no mas he despreciado
 Las ocasiones tantas de salvarme?
 Qué he de hacer? acojermé en ese seno
 De tus juicios, Señor, inescrutables;
 Tu Providencia santa es ya mi asilo,
 Y no quiero de aquí, no, separarme.
 Bien que mis culpas llore á tu presencia,
 Para que así tú puedas perdonarme.
 ¿Tú no eres quien al mundo entre las aguas
 Lo envolviste en castigo formidable?
 Tú no eres quien á Cain, con el castigo,
 De Abel la sangre justa reclamaste?
 ¿Tú, quien de Henoc tan solo la inocencia
 De corrupcion en medio conservaste?
 Tú al obediente Isaa, no del cuchillo
 De Abraham, su padre, pronto libertaste?
 Tú no á José del calabozó al trono
 En justa recompensa lo llamaste?
 Y tú de la calunnia á la Susana
 Al momento, Señor, no la salvaste?
 Y no en los tribunales y torturas
 Por los constantes mártires hablaste?
 Pues esa misma augusta Providencia
 Con que de dulces gozós los llenaste,
 Será mi asilo donde pueda ansioso,
 Llorando mi maldad desagraviarte.

No he de buscar, Señor, en este mes
 Con ansia lo que pueda alimentarme,
 Ni que pueda cubrir este mi cuerpo,
 Puesto no se me oculta que tú al criarme
 Prometiste, cual padre bondadoso,
 Darme lo necesario á conservarme:
 A tu cuidado están todas las cosas;
 Tú mantienes, Señor, los animales,
 Las serpientes disformes, los gusanos,
 Los peces, los cuadrúpedos, las aves;
 Estos no siembran, estos no cosechan,
 Y cuidarlos, Señor, cual padre sabes.
 Yo veo abismado al leon con su bramido,
 Conque hace estremecer hasta los valles;
 En ellos te recuerda es tu criatura,
 Y que bramando está porque tiene hambre.
 Y tú le proporcionas alimento,
 Tú le alivias sus penas y sus males;
 Y con esto, Señor, todas tus obras
 Publican que tu nombre es admirable.
 Pues si todas tus obras te descubren
 Por Dios Incomprensible, Sabio y Grande,
 Hoy en darme el perdon que solicito,
 Padre de la clemencia has de mostrarte.
 Soy un gusano vil, que siendo nada
 De la soberbia tanto llegué á hincharme,
 Que necio pretendí con mis arrojós
 El no temerte, solo despreciarte.
 Yo soy un leon, Señor, de tal fiereza,
 Que he llegado yo mismo á devorarme.
 Y soy . . . sí . . . me estremezco al pronunciarlo,
 Quién ha hollado tu ley, tu cuerpo y sangre.
 Pero aun respiro; pero tengo vida;
 Y aunque indigno, de tu hijo he de preciarme;

Soy tu criatura, al fin, de tanto precio,
Cual es la sangre con que me compraste.

Yo me encuentro desnudo de obras buenas,
Hambriento estoy tan solo por amarte:

Pues vuelve á mí tus ojos que soy tu hijo,
Y afligido te clamo.... Padre.... Padre....

Salvame, que perezoo sumergido
En el mar anchuroso de maldades:

¿No eres, Señor, el fuerte por esencia?
¿No con solo querer al mundo criaste?

Pues dí que estas cadenas que me oprimen
Caigan á tu presencia.... Baste.... baste.

Cese ya tu rigor; y esos tus ojos
Que enojados llegaron á mirarme,

Hoy alegres los vea, para que pueda,
Sin quitarme de aquí, todo mudarme.

¿Qué! será mas dichosa Magdalena
Y Dimas, en quien gracia prodigaste

Que yo, Señor?... Si soy lo mismo que ellos,
A mí lo mismo que á ellos me formaste.

Lázaro, ¿qué mas tuvo?... Del sepulcro
Hediondo, ya, Señor, lo levantaste.

Y al triste paralítico.... Dios mió!!!
De treinta y tantos años no sanaste?

¿El hijo de la viuda, ya difunto,
¿Vivo á su tierna madre no entregaste?

Y tantos, tantos, que dichosos fueron,
Porque gracias á miles derramaste,

¿Qué! porque ellos te vieron, te trataron
Y tú, Señor, con ellos conversaste,

¿Merecen mas que yo? Yo soy mas digno:
Con milagros á aquellos admiraste,

Con tus palabras dulces les movías,
Y el poder con tus obras demostraste,

Y yo, Señor, ¿qué veo? Solo accidentes,
En quienes tú cual sabio te ocultaste!

Así te adoro, así yo te venero,
En tí está mi confianza y fé constante:

Conozco eres mi Dios, mi Redentor,
Que á padecer por mí te sujetaste:

Te creo por Trino y Uno, te confieso
Por el único Juez que ha de juzgarme.

Y creo que en este instante estoy mudado
Porque en tus brazos quieres estrecharme.

¿Conque estoy perdonado, dueño mio?
¿Conque vuelvo á tu mesa hoy á sentarme?

¡Oh qué placer recibe el alma mia!
Llega ya la dulzura á enajenarme....

Angeles, santos, justos de la tierra,
Venid criaturas todas á ayudarme

A tributar á Dios debidas gracias:
Publicad su piedad, sí, ensalzadle:

Entre tanto, Señor, todo contrito,
Quiero, Señor, cual tu hijo suplicarte

No me abandone tu potente brazo:
No permitas que vuelva á desquiciarme;

De todos enemigos, ya visibles
Como invisibles llega á libertarme:

De incendios, de pestes, de calumnias,
De falsas y perversas amistades,

Y de la muerte eterna, que á los malos
Se les da por castigo á sus maldades.

Y supuesto, Señor, que el llanto exiges
De un corazón que tierno vuelve á amarte,

Mis ojos llorarán eternamente:
Mi corazón promete el adorarte,

Hasta que en las mansiones de los cielos,
El Santo, Santo, Santo, solo cante.

Se rezan tres Credos y luego la siguiente

ORACION.

Omnipotente Dios y Señor de todas las cosas: hé aquí postrada á tu presencia la mas vil de tus criaturas, la mas ingrata y desconocida á tus beneficios: no veas mis maldades sino recuerda tus antiguas misericordias: si bien veo lo disforme de mi maldad, también advierto el inmenso tesoro de tus piedades, y sé que al momento que el pecador arrepentido se vuelve á tí, lo acogerás en tu seno y olvidarás sus iniquidades. Pues, ea, Dios mio: agobiado de mis excesos y mal pagado de haber servido al mundo, me vuelvo á tí como fuente de donde dimana toda felicidad: no quieras despreciar mis palabras, óyeme piadoso, para que cumpliéndose en mí tu voluntad santísima, merezca tener una muerte dichosa para alabarte en la gloria. Amén.

JACULATORIA.

Cuatro cosas, Dios mio,
Que en tu erario no tienes, te presento:
Mi nada, mi necesidad,
Mi culpa y mi arrepentimiento.

DEVOCION

A LA

DIVINA PROVIDENCIA,

UTIL PARA TODOS LOS DIAS Y EN ESPECIAL

PARA EL

DIA PRIMERO DE CADA MES.

ACTO DE CONTRICION.

Si un corazon contrito y humillado,
Si un pecador perverso arrepentido,
Si un hombre ciego, loco, prostituido,
Si un esclavo perpetuo del pecado,
Puede aguardar perdon de un juez airado,
Puede aplacar á un padre que ha ofendido,
Puede desagraviar á un Dios que ha sido
Su Criador, Redentor crucificado;
Hoy se postra á sus plantas con temor,
Hoy implora su gracia y su bondad,
Mirando sus excesos con horror;
El perdon solicita á su maldad,
El indulto le pide un pecador,
Y esto espera por gracia y de piedad.

Tres Padre nuestros glorificados y un Credo.

HIMNO

A LA

DIVINA PROVIDENCIA.

Mano divina, sacra y admirable
Del Ser Eterno, que con modo sabio
Mueves del globo la pesada mole
Sobre el Sol mismo sin ningun trabajo.

Omnipotente MANO á cuyo impulso
Obedecen los vientos y los rayos,
Su ímpetu el mar detiene, y las estrellas
Giran con los planetas y los astros.

MANO augusta del fuerte, que mantienes
A tu mano sujeto lo que has criado,
Con tanta perfeccion y con tal orden
Cuanto los hombres todos admiramos.

¿Qué mortal es capaz, qué inteligencia
De las que en torno vuelan á tu lado
De conocer tus altas providencias,
Ni penetrar tus íntimos arcanos?

¿Quién alzar osará de tu grandeza
La estremidad del velo sacrosanto,
Ni el gabinete oculto de tus obras
Rigistrará blasfemo y temerario?

Ni ¿quién de tus piedades infinitas
Podrá alabar en himnos ajustados
El torrente que inunda tus criaturas
Como en un dulce y dilatado caos?

Tú divides benéfica los tiempos
En estaciones distinguiendo el año,
Y los rigores del Invierno triste
Compensas liberal en el Verano.

Tú en verde caña cuajas la mazorca,
Tú doras las espigas en el campo,
Tú las frutas endulzas, y tú vistes
De esmeraldas los montes y los prados:

Tú haces que entre las peñas se cultive
La plata, el oro, el hierro y el estaño,
Y allí les das los brillos y reflejos
Al rubí, al ametista y al topacio.

Tú abrigas al cordero con su lana,
Tú armas la garra al feroz leopardo,
Tú pintas al alegre pajarillo
De plumas mil y de colores varios.

Tú haces vivan gustosos en las ondas
El delfin, tiburón y ballenato,
Y en los cristales de la mar cerúlea,
Del pez mantienes número tan vasto.

Tú . . . pero á dónde voy! ¿será posible
Que atrevido, soberbio é insensato
Presuma referir tus maravillas

Ni señalar las obras de tu MANO?
Tú eres el Dios Eterno, incomprendible,
La bondad suma, Santo, Santo, Santo,
Fuente de la piedad y la dulzura
Y el absoluto dueño de lo criado.

Tú me criaste, Señor, tú eres mi padre;
Aun antes de existir ya me has amado:
A tí debo la vida que respiro,
Y este renglon lo escribo por tu agrado.

¡Oh fé divina, luz que me consuelas!
 ¡Oh Religion! iluminante rayo,
 De la deidad sagrada que me animas
 En mis mayores penas y trabajos.
 ¡Conque tú eres mi padre, oh Dios Eterno,
 Mi Criador, Redentor y único amparo,
 Y vela sobre mí constantemente
 Tu cariñoso amor y tu cuidado?
 Sí, mi Dios, es verdad, yo lo conozco:
 Y cuando á agradecértelo no basto,
 Entonará tus dignas alabanzas
 Mi ronca voz, mi balbuciente lábio.
 Tú de la nada, al sér me condujiste
 Por un efecto de tu amor sagrado,
 Y por el mismo de tu Santa Iglesia
 Quisiste que naciese en el regazo.
 Si repaso mi vida la contemplo
 Rodeada de enemigos inhumanos,
 Como la navecilla que agitada
 Lucha en las hondas con los vientos bravos:
 ¡Cuántas veces la zaña de algun toro,
 El impetu indomable de un caballo,
 O ya de mi enemigo la venganza,
 Pudo darme la muerte sin pensarlo?
 ¡Cuántas veces siguiendo divertido
 La carrera veloz de algun cervato,
 Pude haber encontrado el precipicio,
 Deslizándome fácil de un peñasco?
 ¡Cuántas veces las aguas do solia
 Buscar por mi salud el útil baño,
 Pudieron darme líquido sepulcro
 En pago de mi arrojo temerario?
 ¡Cuántas veces, ¡mas ay! yo me fatigo
 Recordando mis riesgos y me canso;
 Baste solo decir, que de ellos libre
 He sido por la fuerza de tu brazo.

Así lo reconozco agradecido;
 Tú todo lo dispones, no hay acaso:
 Tu PROVIDENCIA adoro; todo se hace,
 O con tu permission ó tu mandato.
 Pues siendo esta verdad tan infalible,
 Si sé que todo viene de tu MANO,
 Y que me amas, Señor, ¿por qué motivo
 En las adversidades yo me abato?
 ¿Por qué hácia el mundo solamente miro
 Y mi débil espíritu lo arrastro,
 Si eres mi protector y mi refugio,
 Y en tí mis ansias hallarán descanso?
 Huyan lejos de mí las aficciones,
 La congoja, el temor, el sobresalto,
 Si se levanta el Todopoderoso
 En mi defensa de su trono sacro.
 Si á mi lado se pone el invencible
 Y su escudo me cubre soberano,
 No temeré mil males, pues seguro
 Estaré siempre de que me hagan daño.
 Desplómense los cielos de sus ejes,
 Trastórnense los montes y peñascos,
 Vuélquese el mar, inflámense los vientos
 Y en negra tempestad vomiten rayos.
 Yo todo lo veré tranquilamente,
 Impertérrito siempre y sin espanto,
 Si me hacen sombra las sagradas alas
 De tu misericordia, Padre amado.
 Sobre el áspid y el fiero basilisco
 Andaré alegre con sereno paso,
 Y pisaré sin miedo al león soberbio,
 Y al sangriento dragon hollaré ufano.
 Me reiré de los fraudes y tropiezos
 Que pretenda ponerme el hombre malo:
 Porque si tú me ayudas, fácilmente
 Yo desharé sus redes y sus lazos.

Mas si por mis pecados tú quisieres
 Que padezca en la cama los asaltos
 De cruel enfermedad, ó la pobreza
 Me devore con lánguidos atrasos:
 Si quieres, Padre, sufra los rigores
 Ya de la esposa infiel, del hijo ingrato;
 Del enemigo cruel, del vil amigo,
 Del pérfido traidor, del mal hermano:
 Si quieres me atropelle la calumnia,
 Y que mi honor lo mire vulnerado;
 Que una triste prision ó que la muerte
 Den fin á un infeliz ¿he de rehusarlo?
 De ninguna manera, antes mi gusto
 Conformaré contento á tu mandato;
 Solo te pido que me des esfuerzo
 Para apurar un cáliz tan amargo.
 Sí, castiga, Señor, mis desconciertos;
 Pero alienta mi espíritu postrado,
 Y ya fortalecido con tu ayuda
 Me arrojaré contento entre tus brazos.
 Sí, yo confesaré que los castigos
 Son voces del pastor á su rebaño,
 Y si das el azote como Padre,
 No os puede menos que doler la MANO.
 Castígame, Señor, no me abandones,
 Redúceme al redil á latigazos,
 Pues si yo te ofendí, ¿con qué derecho
 Me pretendo eximir de los trabajos?
 Dame resignacion y vengan penas:
 Mi espíritu avalora desmayado,
 Y entonces las miserias y dolores
 Me serán apreciables, suaves, gratos.
 En fin, quema, Señor; aquí castiga,
 Oprime, corta y hazme mil pedazos.
Hic ure, hic seca ut in æternum parcas,
 Como allá me perdones, dueño amado.

ORACION.

Dios y Señor nuestro, Padre, Hijo y Espíritu Santo, cuya Providencia no yerra en todo lo que dispone, y nada acontece que no le ordene con bondad y rectitud inefable: rendidamente os pedimos y suplicamos que apartéis de nosotros todo lo que nos puede ser perjudicial, y nos concedáis todo lo que nos puede ser mas provechoso. Es así, que en vuestra unidad de esencia y Trinidad de personas, podeis, Señor, sabeis y quereis gobernar las cosas de modo que cedan en gloria vuestra y en bien de los que ameis, sean todas las acciones y acontecimientos de nuestra vida tales por favor y gracia que nos hagais, que en nada faltemos á procurar vuestra gloria, y en nada sintamos y experimentemos perjuicio de nuestras almas: que nos mantengais en vida como convenga, y que en todo caso nos libreis de muerte desprevénida. Sea, Señor y Dios nuestro, favor de vuestra misericordia, el que siempre vivamos en vuestra gracia, que así seremos dichosos, hasta ir á reconocer y adorar vuestra amable Providencia en la eterna bienaventuranza. Amen.

CÁNTICO

A LA

SANTISIMA Y AUGUSTA TRINIDAD.

A el Padre Eterno y al Hijo
Con el Espíritu Santo,
Bendigan todos diciendo:
¡Oh Dios Santo, Santo, Santo!

Esto mismo se repite al fin de cada verso.

Hoy todas las criaturas
Bendigan con dulce canto,
Desde el uno al otro polo
A Dios Santo, Santo, Santo.
Sagradas inteligencias,
Espíritus Soberanos,
Alcázares de la gloria,
Cantad: Santo, Santo, Santo.
Aguas que sobre los cielos
Su gran poder os ha creado,
Ejércitos celestiales,
Decid: Santo, Santo, Santo.
El sol, la luna y estrellas,
Desde el oriente al ocaso,
Benedicid en vuestro giro
A Dios Santo, Santo, Santo.

La lluvia, el rocío, los vientos,
En su lenguaje cantando,
Repitan las alabanzas
De Dios Santo, Santo, Santo.
El voraz fuego, el calor,
El invierno y el verano,
Cantad en el universo,
Que es Dios Santo, Santo, Santo.
Escarchas, nieblas, y frios,
El hierro petrificado,
Derretios en bendiciones
De Dios Santo, Santo, Santo.
Las heladas y las nieves,
Las noches y los días claros,
Alabad por todo el mundo,
A Dios Santo, Santo, Santo.
Las tinieblas y la luz,
Las nubes y los relámpagos
Dad noticia á todo el orbe,
De Dios Santo, Santo, Santo.
Todo el globo de la tierra
Sostenido de su mano,
Le engrandezca y le bendiga
Porque es Santo, Santo, Santo.
Los collados y los montes;
Lo mas bajo, lo encumbrado,
Alabad en vuestra esfera
A Dios Santo, Santo, Santo.
Arboles, plantas y flores,
Cuanto la tierra ha brotado,
Engrandeced el Poder
De Dios Santo, Santo, Santo.
Las fuentes, mares y rios,
Sus corrientes desatando,
Alaben con alegría
A Dios Santo, Santo, Santo.

Las ballenas y los peces,
 Que las aguas vais surcando,
 Con las aves de los vientos
 Cantad Santo, Santo, Santo.
 Las bestias, los animales,
 Los ganados en el campo,
 Todos en su idioma alaben
 A Dios Santo, Santo, Santo.
 Hijos todos de los hombres,
 Niños, jóvenes y ancianos,
 Cantad las misericordias,
 De Dios Santo, Santo, Santo.
 Las tribus todas de Israel,
 Con himnos, laudes y salmos,
 Repetid continuamente
 Que es Dios Santo, Santo, Santo.
 Sacerdotes del Señor,
 Sus ministros mas sagrados,
 Cantad con todos sus siervos
 Que es Dios Santo, Santo, Santo.
 Espíritus y almas justas,
 Los humildes y los mansos,
 De corazón bendecid
 A Dios Santo, Santo, Santo.
 Bendecid ¡oh tres mancebos
 De Babilonia! esforzados,
 Piesos entre las llamas,
 A Dios Santo, Santo, Santo.
 Reyes todos de la tierra,
 Pueblos de ellos dominados,
 Adorad al Rey del cielo
 Que es Dios Santo, Santo, Santo.
 Los príncipes y los jueces,
 Y todos los potentados,
 Rendid vuestros homenajes,
 A Dios Santo, Santo, Santo.

Al son del órgano y cítara,
 E instrumentos concertados,
 Bendecid el Santo Nombre
 De Dios Santo, Santo, Santo.
 Bendito sea en las alturas
 El que sobre ellas es alto,
 Sea alabado por los siglos,
 Porque es Santo, Santo, Santo.

Sanctus Deus,
 Sanctus Fortis,
 Sanctus Immortalis,
 Miserere Nobis.

*El Illmo. Sr. D. Fr. José María de Jesús Be-
 launzarán, concedió 200 días de indulgencia por ca-
 da palabra de las contenidas en el presente Himno.*

UAN

DAD AUTONOMA DE NUEV
ION GENERAL DE BIBLIOTE

01